



SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER

EL SINDICATO DEL CRIMEN

de

Un agente del FBI cuando se disponía a disfrutar de unas merecidas vacaciones es abordado por una guapa joven que tiene un desvanecimiento delante de él y le pide que le lleve a una clínica de maternidad en particular. Cuando la deja a buen recaudo retoma el viaje pero la conciencia y un sexto sentido hacen que llame por teléfono para ver como se encuentra. La joven, ya recuperada, habla con él pero haciéndose pasar por su esposa. Esto le extraña y hace sospechar al agente de la Ley, por lo que regresa para averiguar que es lo que ocurre, viéndose envuelto en un feo asunto de herencias, muertes accidentales, robo de bebés, chantajes, etc.



Keith Luger

El sindicato del crimen

Bolsilibros: Servicio Secreto - 209

ePub r1.0

jala y xico_weno 07.07.17

Título original: *El sindicato del crimen*
Keith Luger, 1954

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Keith Luger

El sindicato del crimen

1ª EDICIÓN

JULIO 1954

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

EL SINDICATO

DEL
Crimen

por **KEITH LUGER**



CAPÍTULO PRIMERO

John Forsythe permaneció unos segundos pensativo, con la mano en el pomo de la puerta abierta. Intentaba recordar si dejaba olvidado algo en el apartamento. Finalmente decidió que todo cuanto necesitaba estaba ya en el coche, y cerró, echando después la llave. Bajó en el ascensor, encontrando en el vestíbulo a Peter, el portero del edificio.

—Ya he visto sus arreos de pesca, señor Forsythe —sonrió Peter—. ¿Va muy lejos?

—A Barton River. Allí tengo una cita con los mejores salmones de América —contestó John, sin detenerse.

—¡Que tenga suerte!

—¡Gracias, Peter!

—Y ya cuando bajaba por la escalinata a la calle, oyó la voz del encargado a su espalda.

—¿Quiere que le reenvíe la correspondencia a Barton River, señor Forsythe?

John se volvió con una mueca de terror en el rostro.

—¡Oh, no! ¡Queme todo cuanto llegue... o guárdelo! ¡Pero no se le ocurra mandármelo! ¡Son mis primeras vacaciones en dos años!

—¡De acuerdo, señor Forsythe!

John saludó con la mano, sonriendo, y se dirigió a su coche «Ford», cuatro plazas, modelo 1952.

Se detuvo junto a la portezuela, y dio un suspiro de alivio. ¡En aquel instante podía decir que comenzaban sus vacaciones! Hasta entonces no había hecho otra cosa que realizar los preparativos. ¡Y había perdido dos días desde que Edgar Hoover le estrechó la mano en su despacho del Departamento, deseándole mucha felicidad! Bueno, ya trataría de recuperar aquellas cuarenta y ocho horas.

Sacó un cigarrillo, lo encendió, y aspiró con fruición. ¡Qué diablos! ¡Valía la pena vivir!

Vio a una joven que se acercaba por la acera con paso lento. Esbelta y bonita. Lástima que no tuviese tiempo de cambiar algunas impresiones con ella. Era también modelo 1952, su preferido. Largas piernas, anchas caderas, cintura estrecha y un busto tridimensional. Bien, prefería los salmones. Ya tendría tiempo a la vuelta, de enfrentarse con las complicaciones que llevan consigo las mujeres.

Se disponía a abrir la portezuela, cuando se produjo la catástrofe.

La joven, al llegar a su altura, soltó un gritito, puso los ojos en blanco, se tronchó y desplomóse.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó John.

Y se lanzó para evitar el contacto del cuerpo de la joven con el duro suelo, mas no llegó a tiempo de impedirlo.

Después del golpe, Forsythe pasó un brazo por el cuello de la muchacha.

—¡Eh! ¡Usted!... ¡Señorita, despierte! ¡No puede... no debe desmayarse!

Y con la mano libre le palmeaba las mejillas.

Dos peatones se acercaron para prestar auxilio, y cinco para husmear.

John se dio cuenta entonces de que el modelo que tenía tan cerca de sí, poseía una carrocería de primera categoría. Encendió un faro, luego otro, y murmuró:

—¡Oh, por favor!

—No se preocupe, señorita. ¿Se encuentra bien?

—No, no estoy bien. Lléveme a la clínica del doctor Rosenzweig. Álamo Street, 272...

Y volvió a desmayarse.

Forsythe levantó la mirada, contempló los rostros que le circundaban y resolvió que debía llegar cuanto antes a la clínica del doctor Rosenzweig, porque él era el más sereno de los testigos del accidente.

Levantó en brazos a la belleza y apremió:

—¡Vamos, ayúdenme! ¡Abran la puerta de ese coche!

Instalados dentro, Forsythe pisó el acelerador, y quince minutos

después, penetraba en el 272 de Álamo Street con su suave carga.

Un hombre con bata blanca y una enfermera salieron a su encuentro en el vestíbulo.

—¡Por favor! —exclamó nerviosamente—. ¡Una habitación! ¡El quirófano! ¡Lo que sea! ¡No se queden parados!

En un instante le fue arrebatado el cuerpo inmóvil y antes de que se pudiera dar cuenta, lo hicieron desaparecer por un ascensor.

Oyó la voz de la enfermera a su lado.

—¿Me permite, señor...?

—¡Oh, sí! Forsythe, John Forsythe...

Siguió a la dama hasta el registro, y allí encendió un cigarrillo y quedó ensimismado recordando los hermosos ojos de la joven a quien había socorrido.

—¿Años?

—Treinta y uno.

—¿Domicilio?

—Lincoln Avenue, 130, apartamento 24.

De pronto, un hombre bajito con cara de búho entró por la puerta de la calle como una centella, y se precipitó hacia donde Forsythe estaba.

—¡Buenos días, señorita! —exclamó temblorosamente—. ¡Soy Doménico Paleólogo! ¡Me avisaron por teléfono! ¿Llegó ya? ¿Niño o niña? ¡Niño! ¿Verdad? ¿Sabe cómo lo llamaré? ¡Ike Eisenhower! ¡He tardado un poco, porque los muchachos me obligaron a que los invitara a una copa! ¡Les he prometido una nueva ronda si es niño! ¿Qué dice?

La enfermera arqueó las cejas después del chaparrón y repuso:

—Suba al primer piso, y pregunte a la señorita del fondo. Ella le dirá.

—Si, señorita, así lo haré. —Miró a Forsythe, y dijo sonriendo—: Usted también, ¿eh? ¿Es el primero? No me lo diga. Se le nota. ¡Yo tengo seis niñas, amigo! ¡Y qué susto pasé con la que rompió la marcha!

El búho se alejó presuroso hacia el ascensor.

John dio un respingo, al que siguió un bufido.

La enfermera se erizó extrañada.

—¿Qué le pasa, señor Forsythe?

—¿Quiere decir que...?

—No le haga caso a ese hombre. Su esposa estará bien atendida.

—¡Pero si mi esposa... quiero decir... yo...!

Forsythe puso una cara compungida y soltó una imprecación para sus adentros.

Paseó frente al registro bajo la mirada curiosa de la enfermera, y al fin se dirigió a ésta, anunciando:

—¡Señorita, me marchó! ¡Volverá a tener noticias mías dentro de una hora!

—¡Pero señor Forsythe! ¡No hemos terminado!... ¡Me faltan los datos de su esposa!

John escuchó las últimas palabras de la empleada cuando transponía el umbral de la puerta.

Una vez dentro de su coche pisó el embrague, y se alejó de la clínica a velocidad creciente.

Cuando llegó a la carretera 42, se consideró a salvo y dejó correr el vehículo a setenta kilómetros.

Entretúvose pensando en la coyuntura que se le había presentado. Después de todo, era más motivo de risa que de preocupación. ¿No había sido lógico que creyesen fuese el marido de la beldad desmayada? Se detendría en cualquier estación de servicio, telefonaría preguntando por la enferma, y al propio tiempo sacaría de su error a la encargada del registro. Esta forma de rectificar aventajaba a la que hubiera empleado en el vestíbulo que olía a éter. Hubiesen sobrevenido muchas preguntas, él las habría contestado, y finalmente lo hubieran obligado a quedarse hasta que la víctima volviera en sí. No, no podía tolerar que le robasen más minutos de sus deseadas vacaciones. Ya había hecho bastante con recoger a la joven y llevarla en el coche a la clínica.

No todos los ciudadanos estaban siempre dispuestos a colaborar. Él lo sabía mejor que nadie. Como agente del F. B. I..., tenía una amarga experiencia al respecto. Decidió no pensar más en aquello hasta que llegase el momento de telefonar. Borró de su mente los últimos recuerdos, substituyéndolos por la imagen de una cabaña construida con troncos de pino en un claro del bosque, y la de un río donde centenares de salmones lo estaban esperando desde hacía dos años.

Sonrió y empezó a canturrear:

«Soy un pescador solitario que echa el anzuelo y saca un zapato»...

Pasó por tres estaciones de servicio, pero no se detuvo. Siempre pensaba hacerlo en la siguiente. Al fin paró en la cuarta, y no porque se sintiese inclinado a llamar a la clínica de maternidad. Quería remojar la garganta con un «whisky».

Más, cuando se encontró ante la copa, sintió remordimientos y resolvió eliminarlos introduciéndose en la cabina telefónica.

Buscó en el listín el número correspondiente, y discó:

»—Buenos días —dijo una voz atiplada—. Clínica de maternidad del doctor Rosenzweig. ¿Qué desea?

—Señorita, aquí el señor Forsythe... Yo... quería informarme...

»—¡Ah, sí! El señor Forsythe... Su esposa ha preguntado varias veces por usted...

—¿Por quién? —inquirió John, perplejo.

»—¡Ja, ja, ja! —rió la telefonista—. Todos los maridos se ponen nerviosos en... ciertas circunstancias. Le pongo en comunicación con su esposa, señor Forsythe...

El agente del

F. B. I.

en vacaciones se pellizcó para cerciorarse de que no dormía.

—¡Oiga!... ¡Oiga! —gritó.

Una nueva voz llegó a sus oídos.

»—¿Eres tú, John? ¿Me oyes, John?

—¿Con quién hablo? —preguntó él, colmando su estupefacción.

»—¿Quién ha de ser, querido? ¡Tu mujer, tonto! ¿Me oyes?

—Sí —contestó Forsythe, con un gallo.

»—Estoy perfectamente, Johnny. No tienes por qué retrasar tu viaje. No te preocupes por mí y diviértete mucho.

—Pero... pero...

»—Te repito que estoy bien, querido. Ahí va un besito.

Sonó un chasquido, y el beso se le metió por la oreja produciendo sonidos insospechados en su pabellón auditivo. Cuando fue a replicar, al otro extremo del hilo ya habían cortado.

Salió tambaleante de la cabina y pidió otro «whisky». Sentóse en un alto taburete y apoyó la cabeza pensativamente en el puño. ¿Qué demonios le ocurría a aquella joven que había recogido en la calle?

¿Estaba loca? ¿Deliraba? ¿Era la reacción del golpe: en el suelo? Bueno, ¿para qué molestarse en indagar? Seguiría el camino a Barton River, y en el remanso de paz de su cabaña olvidaría a Edgar Hoover, a las bandas de espías, a los falsificadores de moneda... ¡y a todas las hembras modelo 1952!

Apuró el vaso, pagó el importe de la consumición y minutos más tarde reanudaba el viaje. Corrió ochenta kilómetros y de pronto, cuando se encontraba a sólo media hora de la cabaña, apretó los frenos como si quisiera evitar una colisión con un proyectil atómico que le hubieran, disparado desde cincuenta metros delante del «Ford». Los neumáticos gimieron, y el vehículo saltó a la cuneta, estando a punto de dar una vuelta de campana.

Un pensamiento había sido causa de aquel repentino parón. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

La mosquita muerta que había llevado a la clínica tendría algo que ocultar. Debía de haber cometido un desliz. ¡Y él había prestado su nombre! Si la joven era considerada como mujer de John Forsythe, su bebé ser a inscrito como hijo de John Forsythe.

Hizo girar el volante, y un segundo después, el coche saltaba como un animal herido siguiendo la dirección contraria a la que hasta entonces había llevado.

Forsythe no dudó de que con aquella velocidad hubiese ganado la carrera Panamericana de ese año. Corrió varios riesgos. Un camión de gran tonelaje pudo convertir a su «Ford» y a él en un kilo de masa gelatinosa, pero en el último instante supo tener el corazón en su sitio. Más allá tomó una curva por instinto y éste, con la probabilidad favorable del uno por mil, no le engañó.

Cuando por fin llegó ante la clínica de maternidad del doctor Rosenzweig, salió del coche, transpuso en cuatro zancadas la escalera de la calle, y apenas se encontró en el vestíbulo, dirigióse a la joven que atendía el registro. No era la misma de antes.

—¡Señorita, soy John Forsythe!

—¿Tiene a alguien aquí?

El agente se quedó indeciso. No esperaba esa pregunta, natural en una persona que no lo conocía.

—Pues, sí... Ingresó esta mañana...

La encargada inspeccionó las últimas hojas del libro que tenía entre sus manos.

—¡Oh, sí! Aquí está. La señora Forsythe... Habitación 92.

En ese instante, una voz varonil dijo, por detrás del agente:

—¿Cómo está, señor Forsythe?

John se volvió para contemplar a un hombre de batín blanco, de unos cincuenta años de edad, cabello entrecano y ojos verdes, defendidos por gafas montadas al aire.

—Soy el doctor Rosenzweig. ¿Quiere venir conmigo, señor Forsythe?

John asintió, y dejó pasar delante de él al doctor.

El búho Doménico salió del ascensor, y al ver al hombre con quien había tropezado horas antes, movió la cabeza en sentido negativo, y murmuró:

—Ha sido niña. —Y siguió cabizbajo hacia la salida.

John entró en un despacho amueblado lujosamente Rosenzweig se sentó tras una mesa de nogal, e invitó a que su interlocutor lo hiciese en un sillón de cuero.

—Supongo que estará deseando conocer noticias de su mujer, señor Forsythe.

—Pues, la verdad...

—Lamento decirle que tanto usted como ella se han equivocado.

—¿Quiere decir...?

—Que no tendrán descendencia por ahora. Esos desmayos de su esposa pueden deberse a debilidad, a una neurosis o a cualquier otra causa. Le aconsejo que la haga visitar por un médico de medicina general. Desde luego no crea exista motivo para alarmarse. Estoy por asegurar que con cualquier reconstituyente, esos desvanecimientos cesarán.

Forsythe escuchaba sin pestañear. Se encontraba casi a oscuras en aquel lío, pero tenía la mente despejada para poder salir airoso.

—Doctor Rosenzweig, le doy las gracias por su ayuda, y, naturalmente, seguiré al pie de la letra sus prescripciones. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Y ella?

—Se disponía a abandonar la clínica en estos instantes. Llamaré para que la hagan venir.

El doctor pulsó un botón del intercomunicador.

—¡No le diga que estoy aquí! —exclamó John—. ¡Es una pequeña sorpresa!

Rosenzweig asintió, y dio el aviso.

—¿Reside usted en San Antonio, señor Forsythe? —preguntó el doctor, alargando por encima de la mesa una pitillera de plata.

John aceptó un cigarrillo, y respondió:

—Residimos en Nueva York, pero pasamos algunas temporadas en esta ciudad. Yo nací en San Antonio.

—¿Y su esposa?

—¿Ella? Es oriunda de Atlanta, Georgia.

—Debo de estar equivocado, pero hubiese jurado que la cara de su mujer no me era del todo desconocida.

—¿Sí? Bueno, son frecuentes las confusiones de ese género.

La puerta se abrió, y entró en el despacho la rutilante joven que Forsythe había depositado en la clínica.

Al contemplar a John, se detuvo de repente en medio del despacho.

El policía se incorporó y dirigióse hacia la mujer, exclamando:

—¡Querida mía!

La estrechó entre sus brazos, y la besó fuertemente en la boca.

CAPÍTULO II

Al separarse Forsythe de la muchacha, ésta tembló azorada.

—Querida —dijo él—. No es necesario que nos preocupemos. Ya sé que tienes ganas de un bebé, pero habrá tiempo para todo. Ahora lo importante es que tú te repongas. ¿Verdad, doctor Rosenzweig?

—Exacto. Y les aconsejo prudencia. Es lo mejor para conseguir una dilatada vida.

—¡Magnífico! —exclamó John, sonriente, pasando un brazo por la cintura de la joven y atrayéndola hacia sí—. ¡Eres un ángel!

Ella se desasíó, sonriendo también.

—Será mejor que nos marchemos. Estamos haciendo perder el tiempo al doctor.

John estrechó la mano del médico y precedido por su supuesta esposa salió del despacho. Pagó el importe de la factura que le presentaron en el registro, y después salieron del edificio.

Mientras sostenía la portezuela del «Ford» para que la mujer entrase, se encontraron sus ojos, y John descubrió en los de ella una gran indignación.

Un minuto más tarde, el coche se alejaba de la clínica de maternidad, y ella explotó:

—¡Es usted el hombre más fresco y más aprovechado que he conocido en mi vida!

—¡No me diga! —sonrió John.

—Sabe perfectamente que lo que acaba de cometer está castigado. Al menos en este Estado.

—¿Qué clase de delito es?

—¡Abuso de confianza!

—¡Estupendo! ¿En qué comisaría quiere que nos detengamos? ¡Mire, allí hay una! —John acercó el coche al bordillo de la acera.

—¡Siga adelante! —exclamó la joven.

El la miró a las pupilas.

—Creí haber oído que he cometido un delito. ¿No es justo que reciba la sanción correspondiente?

—Renuncio a esa satisfacción, porque lo salva su generosa actitud al llevarme a la clínica.

Forsythe sonrió, y lanzóse de nuevo al tráfico de la circulación.

Al cabo de un rato de silencio, indicó el policía:

—¿Cuándo va a contar la historia?

—¿Qué historia? No sé a qué se refiere.

—Si le parece, yo haré las preguntas para facilitarle los esfuerzos de memoria. ¿A qué ha ido a esa clínica?

—¿Y lo pregunta usted? —respondió con una risita sarcástica la muchacha—. Fue quien me recogió y me llevó.

—Pero me dio la dirección con toda claridad. «Clínica del doctor Rosenzweig. Álamo Street 272».

—Le pude dar otra cualquiera. Me encontraba mal y fue la primera que se me ocurrió. ¿Quiere hacer el favor de dejarme en la próxima esquina?

Forsythe aumentó la velocidad del coche. —¿Me ha oído? Le he dicho que me deje en...— insistió ella, enfurruñada.

—Lo sé. En la próxima esquina. Pero no ha contado con que yo necesito saber unas cuantas cosas antes de ello.

—¿Con qué derecho?

—Con el que me da el haberme considerado usted ante varias personas como su marido. ¿Qué es lo que ha supuesto? ¿Que después de lo ocurrido la voy a despedir con una sonrisa, diciéndole: «Señorita, me tiene a su disposición para cuando necesite otra vez un esposo»?

—¡Pero usted no lo comprende! Me vi allí, dentro y traté de salir del apuro. ¡Por eso le habló así cuando llamó!

—No, querida. Sospecho que hay motivos más importantes.

—¿Qué insinúa?

—Ya que lo pregunta, le contestaré. Usted, señorita, por la razón que sea, y eso es lo que quiero saber, ha desarrollado un plan minuciosamente estudiado. Necesitaba entrar en la clínica del doctor Rosenzweig, y naturalmente, tenía que hacerlo en la única forma que admiten allí a mujeres. Como futura mamá. Quizá

cuando paseaba esta mañana por la Lincoln Avenue iba pensando en el modo de conseguirlo. En eso vio un coche detenido ante una casa, con maletas, utensilios de pesca... Su cerebro trabajó a toda velocidad. Imaginó que sería una buena estratagema desmamarse ante el propietario del coche, darle la dirección de la clínica de maternidad y realizar allí su trabajo. De esa forma conseguiría la entrada y al propio tiempo se quitaba de encima al hombre de que se había servido para allanar el obstáculo, puesto que él se marchaba a algún lugar lejano. Confieso que es usted inteligente, y que por lógica, el plan no tenía ningún fallo, o mejor dicho, sólo tenía uno. Que el propietario del coche se interesara por usted y demorase su viaje para informarse de su estado. ¿Me he equivocado en algo?

Ella guardó silencio. Tenía los ojos fijos en el parabrisas.

—¿Por qué no empezamos por —presentarnos?— propuso John.
—¿Cuál era su nombre de «soltera»?

La ironía hizo que la muchacha se mordiese el labio inferior.

—Si le sirve de alivio —siguió hablando él—, le prometo guardar absoluta reserva de su confesión.

—¡No espere oír nada! —exclamó la bella dama.

—Bien, pero le advierto que mi coche tiene cubiertas nuevas. Podemos recorrer el país de punta a punta, con sólo repostar gasolina unas cuantas veces.

Ella giró la cabeza bruscamente hacia Forsythe, y exclamó:

—¡Es usted insoportable! ¿Por qué ha de entrometerse en mi vida?

—¡Eh, eh! ¿No es usted quien se ha entrometido en la mía?

La equidad de la respuesta de John impidió replicar a la joven.

Transcurrió otro rato de silencio. El coche corría nuevamente por la carretera 42.

Al fin, la mujer pareció rendirse. Emitió un gemido y dijo:

—¡Está bien! Usted gana.

—Maravilloso. ¿Tiene predilección por algún sitio? Me gusta oír las confesiones con un poco de música.

—¡Es usted un cínico!

—Lo hago en su obsequio. Debe de tener apetito, y yo también lo tengo. Propongo que vayamos a cenar a alguna parte.

—Vaya a Golden Square. Hay un restaurante llamado «El Gallo

Rojo».

John asintió, y media hora más tarde, tomaban posesión en el local indicado de una mesa un poco alejada de la pista de baile.

Encargaron el menú y pidieron dos «Martinis» secos mientras lo servían.

—Bien —dijo Forsythe, con una amable sonrisa—. ¿Qué me cuenta de lo suyo?

—Me llamo Marcia Pickens —repuso ella, con voz suave.

—¿Vive aquí?

—Tengo una hermana de mi madre en San Antonio. Yo resido habitualmente en Austin.

—¿A qué se dedica?

Marcia Pickens vaciló antes de contestar.

—Escribo novelas policíacas.

—¡No me diga! —exclamó John, con las cejas enarcadas—. Y ahora me va a contar que preparó su plan de entrada en la clínica para ambientarse.

—No. Ocurrió tal como usted ha supuesto.

A Forsythe le sorprendió ahora el tono de sinceridad con que Marcia hablaba.

Un camarero dejó los «Martini» en la mesa y los dos jóvenes bebieron.

Marcia, aceptó un cigarrillo, y después de encenderlo, manifestó:

—Para narrarle mi historia he de remontarme seis meses atrás. Yo vivo en Austin en una pensión. Nos reunimos allí unas cuantas mujeres que, por unas razones u otras, nos encontramos solas en la vida. Todas nos ayudamos y formamos una gran familia. En marzo último llegó a la pensión una joven que dijo llamarse Bonnie Mountain y proceder de San Francisco. Tenía que dar a luz dos meses más tarde. Su marido había luchado en Corea, y su nombre fue incluido en una de las últimas listas de bajas. Simpatiqué inmediatamente con la desgraciada Bonnie. Era muy retraída, yo fui la única que conseguí entrar en su corazón. Pasaron las semanas, acercándose el día en que debía ser madre. Una noche, al ir a su habitación para charlar un rato con ella, me la encontré anegada en lágrimas. Le pregunté lo que le ocurría, y entonces se echó en mis brazos y me contó su tragedia. Su verdadero nombre era Dorothy y su padre se llamaba Harry Kilgallen.

—¿Kilgallen? ¿El de los pozos petrolíferos? —inquirió John.

—El mismo.

El policía lanzó un silbido.

—Dorothy se había enamorado dos años antes de Albert Fletcher, un muchacho sin fortuna —continuó Marcia—. Ella sabía que su padre jamás daría su consentimiento a la boda con Albert, de modo que hizo su plan. Anunció el deseo de graduarse en la Universidad de Los Ángeles, el padre consintió y entonces los jóvenes se citaron en Reno, Nevada, y se casaron. Dorothy hizo algunos viajes a Nueva York y el poderoso señor Kilgallen continuó sin saber nada. Así las cosas, Albert tuyo que alistarse y salió destinado hacia Corea. Este nuevo giro de la vida de Dorothy se tornó mucho más angustioso cuando supo, después de haberse marchado su marido, que iba a ser madre. Con estas perspectivas tan poco halagüeñas del futuro, un día recibió el comunicado del Ejército, anunciándole la muerte de Albert. Dorothy creyó morir, pero resistió el golpe. Cuando tuvo oportunidad de recapacitar en su situación, decidió huir con el dinero que tenía, y, olvidarse de que era hija de Harry Kilgallen. Por ello apareció en la pensión de Austin.

El camarero dejó el consomé sobre la mesa y Marcia guardó silencio.

John miraba fijamente al rostro de Marcia. Era realmente una obra de arte. No sabía qué admirar más. Si los cabellos azabache, o los grandes ojos rasgados, o los labios firmes, frescos y juveniles.

Cuando terminaron el consomé, Marcia cogió de nuevo el hilo del relato.

—Le di ánimos a Dorothy para sobrellevar su desgracia. Pensó hacer algo en su favor, y estaba a punto de escribir a su padre esperando tocar las fibras más sensibles de su corazón, cuando un día, faltando dos semanas escasas para que diese a luz, se presentó en la pensión Harry Kilgallen.

—¡Menuda papeleta! —comentó Forsythe.

—El señor Kilgallen, al transcurrir un plazo prudencial sin tener noticias de su hija, y comprobado que había abandonado su domicilio de Los Ángeles sin dejar nueva dirección, encargó a una agencia de detectives se ocupasen de dar con el paradero de Dorothy. En cuanto la investigación tuvo éxito, Kilgallen llegó a

Austin. La hija le confesó lo ocurrido y el padre no pareció darle importancia. Se limitó a declarar que la trasladaría a una clínica para que estuviese bien atendida al nacer su hijo. De esta forma, Dorothy ingresó, en la clínica del doctor Rosenzweig, aquí en San Antonio.

El camarero sirvió cordero asado, interrumpiendo una vez más a Marcia.

—Se ha quedado usted en el punto más interesante —observó Forsythe, antes de atacar el asado—. Por fin se va a descorrer el velo del misterio.

Comieron nuevamente en silencio, y más tarde, con otro cigarrillo humeante en la mano, siguió Marcia hablando:

—Dorothy dio a luz en la clínica. Naturalmente, yo estaba en Austin y no me pude enterar sino cuando todo había ocurrido y me llamó mi amiga desde San Antonio. Lo hizo tres semanas después que nos separamos de la pensión, minutos antes de tomar el avión que la conduciría a Nueva York, junto con su padre. Me dijo que ella estaba bien, pero que el bebé, un niño, había muerto al nacer. Por su voz notó lo condolida que se hallaba. En un corto plazo habían caído sobre su cabeza las mayores desgracias. Nos despedimos... y eso es todo.

Forsythe se quedó bastante sorprendido por el imprevisto final del relato.

—¿Dice que eso es todo?

—Lo he dicho.

—No la comprendo.

—He querido investigar en la clínica, porque sospechaba que el hijo de Dorothy no murió.

—¿En qué se funda para ello? ¿Se da cuenta de que eso sería una monstruosidad inaudita de Kilgallen?

—Yo prefiero no sacar consecuencias por ahora. Sólo deseo informarme de lo que pudo ser de ese niño. Usted sabe que se están dando casos de compraventa de recién nacidos.

—Pero ese doctor Rosenzweig parece estar a cubierto de semejantes sospechas. Yo no he visto nada anormal allí. He sacado la impresión de que es una clínica moderna, perfectamente organizada y bien atendida. Es peligroso meterse en negocios sucios cuando el dinero viene a uno en buenas cantidades y por el justo

camino. Ése es el caso del doctor Rosenzweig.

—No opino yo igual que usted —discrepó Marcia.

—¿Por qué? ¿Ha encontrado algo mientras ha permanecido en la clínica?

—Precisamente, mis sospechas se han acentuado hasta adquirir consistencia porque... no he encontrado nada.

—Es una conclusión bastante original —sonrió, escéptico, Johnny.

—Parece como si hubiesen sabido lo que me llevaba allí.

—Mi querida señorita Pickens, ¿me permite expresar mi particular impresión?

—Hágalo.

—Creo que debe de ser usted una excelente autora de novelas policiacas. Cuente desde ahora con que adquiriré todas sus obras.

—Mi editor se alegrará mucho de ello. Pero ahora escuche esto. ¿Recuerda lo que nos dijo Rosenzweig en su despacho?

John quedóse pensativo, mientras Marcia repetía las frases del doctor.

—«Les aconsejo prudencia. Es lo mejor para conseguir una dilatada vida». Lo recuerda, ¿verdad?

—Daba un consejo como médico —sugirió Forsythe.

—No diga tonterías. Aquello era una velada amenaza. ¡Una amenaza para que abandonáramos la investigación! Rosenzweig creyó que usted se encontraba allí por el mismo motivo que yo, que éramos cómplices.

—Supongamos que fuese así. ¿Qué razón ha tenido el doctor para sospechar de usted o de mí?

—Tendría una descripción mía. Los propios detectives que trabajaron el asunto del paradero de Dorothy pudieron proporcionársela, así como una noticia de los lazos de afecto que nos unían a las dos. Y en cuanto a usted, bastó que se presentase en la clínica conmigo.

—Insiste en que Kilgallen estaba de acuerdo con el doctor.

—No he dicho eso.

—¿Cómo que no? ¿No dice que los detectives facilitaron a Rosenzweig su descripción? ¿No ha dado a entender que el hijo de Dorothy no murió y que su abuelo estaba enterado de ello, y es más, que consintió la superchería?

Marcia movió la cabeza de un lado a otro, en actitud dubitativa.

—No lo sé. Confieso que me hallo en un mar de confusiones. Hay instantes que yo misma me digo soy una tonta al pensar en la posibilidad de tal monstruosidad, como usted ha calificado.

Forsythe cogió una mano de la joven, y murmuró:

—No cavile más. Estoy seguro de que ha obrado como le dictaba su corazón, pero debe admitir que sus sospechas están tan pobremente fundamentadas, que son inadmisibles. Eso es lo que le diría un policía.

Marcia sonrió y repuso:

—Pero afortunadamente usted no lo es, y tendrá que dejarme continuar hasta que oiga a uno que lo sea. A propósito, aun desconozco todo de usted.

—Sabe mi nombre. Sólo me falta añadir que me dedico a la venta de automóviles.

—¡Ahora recuerdo que se marchaba a pescar!

—Sí —sonrió John—. Son mis vacaciones.

—Lamento haberlas interrumpido.

—No tiene importancia. Mañana me iré temprano.

—Será mejor que me vaya. Yo también necesito descansar.

—¡Oh, oh! La acompañaré. ¿Dónde se aloja?

—En el 89 de Culver Street.

Cuando salieron del restaurante, lloviznaba, Marcia se introdujo rápidamente en el coche por la porten el a cercana a la acera, y Forsythe dio la vuelta por la proa para entrar por el lado del volante. En el instante en que se disponía a hacerlo, surgió por la parte trasera un automóvil rugiendo.

El policía, pegando un salto, puso los pies en el estribo y arrimó el cuerpo a la carrocería de su «Ford». El otro coche pasó como una centella, y en pocos segundos desapareció dos esquinas más arriba, haciendo rechinar las ruedas.

John se colocó junto a Marcia, observando que del rostro de ésta había huido el color.

—¿Qué piensa ahora, señor Forsythe?

—¿Sobre qué?

—¡Han intentado matarle! No creerá que lo del automóvil...

—¡Pura coincidencia!

—¿Cómo es posible que crea eso?

—Señorita Pickens, hay varios centenares de accidentes diarios de circulación en el país. Éste hubiera sido solamente un número más que agregar a la lista de hoy. Probablemente, en ese coche viajaban algunas personas que se divierten a su manera.

—¡Lléveme a mi casa cuanto antes! —exclamó Marcia, resentida—. ¡Siento haberle conocido! No tiene usted sangre en las venas.

CAPÍTULO III

Forsythe, después de cerciorarse de que no olvidaba nada, cerró la puerta y bajó en el ascensor.

Peter le preguntó en el vestíbulo.

—¿Se va decididamente?

—Hoy no habrá nada que lo impida.

—¡Le deseo que piquen!

—¡Gracias, Peter!

Salió a la calle, se introdujo en el «Ford» y de pronto, cuando iba a pisar el embrague, oyó una voz que lo llamaba:

—¡Señor Forsythe! ¡Señor Forsythe!

Con un escalofrío vio por el parabrisas que Marcia Pickens se acercaba corriendo por la acera.

Puso los brazos sobre el volante e inclinó la cabeza, desconsolado, al tiempo que exclamaba:

—¡No!... ¡No! ¡No!...

Marcia abrió la portezuela, y se dejó caer en el asiento, respirando entrecortadamente.

—Menos mal... que he llegado... antes de que se marchase...

Johnny le enseñó los dientes, diciendo:

—Sí, ¿verdad?

—Ahora supongo que no dudará en creer que estoy en el buen camino.

—¿De qué me había? ¿Ha dormido bien, Marcia? —inquirió el agente, con el ceño arrugado.

—Perfectamente, pero déjese de cumplidos. ¿Ha leído la Prensa?

—¡Yo jamás leo la Prensa cuando estoy de vacaciones!

—¡Pues vea esto!

La joven extendió el diario que llevaba en una mano, y dijo:

—¡Léalo con sus propios ojos, señor Forsythe! ¡Y en la primera página!

Johnny accedió disgustado, pero en el instante que sus ojos resbalaron por los negros titulares, se despertó en él el interés.

Decían así:

«Harry Kilgallen, uno de los magnates del petróleo, muerto en accidente de automóvil. Su única hija Dorothy se salva milagrosamente».

La noticia ampliaba los detalles del suceso. El coche conducido por el propio Harry y llevando como única pasajera a su hija, había patinado al tomar una curva, saliéndose de la carretera y yendo a chocar contra un terraplén del ferrocarril. El vehículo había quedado materialmente destrozado, muriendo en el acto el financiero al incrustársele el volante en el pecho. Dorothy Kilgallen sólo había sufrido contusiones. Se insertaba una biografía de Harry Kilgallen, la de su hija y la de un hermano de Harry, Robert Kilgallen, quien estaba considerado como un potentado en el mundo de las piedras preciosas por poseer varias minas de esmeraldas en Venezuela.

Johnny terminó de leer y dijo:

—De acuerdo en todo, ¿qué es lo que ha visto en ello? ¿Otro intento de asesinato?

—¡Naturalmente!

Forsythe soltó un gemido, sujetándose la cabeza.

—¡Señorita Pickens, por favor!

—¿No lo ve claro? Primero eliminaron al hijo de Dorothy, y ahora han intentado repetir el golpe con ella y con su padre.

—Sí, pero da la casualidad de que Harry Kilgallen era su sospechoso número uno.

Marcia dibujó en sus labios una sonrisa de triunfo. Abrió el diario y mostró con el dedo una foto de Harry Kilgallen. Era un hombre que aparentaba unos cuarenta y cinco años de edad, semicalvo, de mirada astuta y labios rectos.

—¡Este hombre no es el padre de Dorothy! —exclamó la joven.

—¡Qué dice! —chilló Johnny.

—Lo que oye.

—¡Pero, muchacha! ¿Cree que un diario se va a equivocar al insertar la foto de un personaje como Kilgallen?

—No me ha entendido o yo no me he expresado bien —replicó Marcia—. Quiero decir que este hombre de la foto no es el que se presentó en la pensión de Austin como padre de Dorothy.

—O sea que el de Austin era un impostor.

—¡Magnífico, señor Forsythe! —comentó irónica la joven—. Empieza usted a hacer progresos.

—Sí, ¿eh? Y dígame, ¿no vio Dorothy a ese hombre? ¿No dice que le confesó su historia?

—Claro que sí. ¡Y no me pregunte la razón por la que Dorothy se prestó a la comedia! ¡La ignoro! Lo único que le puedo asegurar es que este rostro del diario no coincide en ninguno de sus rasgos con el del individuo que llevó a mi amiga a la clínica de maternidad del doctor Rosenzweig.

Johnny se echó en el respaldo del asiento y miró al techo del coche en actitud desconsolada, lamentándose:

—¡Esto sólo me ocurre a mí!

—¿Se encuentra mal, señor Forsythe? —pregunto Marcia, intranquila.

El la miró, y repuso:

—¡Señorita Pickens! En los dos últimos años he estado muy ocupado. ¡He recorrido toda América y gran parte de Europa! ¡He pasado muchas noches sin dormir! ¡Siempre he estado alerta! Con el nervosismo corroyéndome las plantas de los pies. ¡Éstas son mis vacaciones! ¡Y ahora quiere que renuncie a ellas para lanzarme a una aventura! ¿Por qué demonios ha tenido que fijarse en mí? Hay millares de ciudadanos que tienen coche..., ¡y mejor que el mío!... ¡Cualquiera pudo ayudarla a penetrar en la clínica, comienzo de mi desgracia!...

Los ojos de Marcia, conforme Forsythe abría la espita del depósito de sus reconvenciones, se habían ido cubriendo de una pátina húmeda. Cuando calló aquél, la joven sólo pudo mover la cabeza en sentido afirmativo, y salió del coche alejándose acera arriba.

Johnny se la quedó mirando frotándose la barba. Al fin farfulló unas palabras, pisó el embrague, y detuvo el coche unos metros

delante de la muchacha.

—¡Eh, usted!... ¡Suba!...

Marcia lo contempló inmóvil.

—¿Qué está esperando? —repitió el agente del

F. B. I.

—. ¡Le digo que suba!

La señorita Pickens entró de nuevo en el coche.

—De acuerdo —murmuró de mala gana John—. La ayudaré, según sus deseos.

Marcia sonrió, exclamando:

—¡Me decía el corazón que era un hombre bueno!

—No lo sabe usted bien. El día de Navidad me visto de Papá Noel, y bajo por la chimenea de todas las jóvenes que creen ver asesinatos y homicidios a su alrededor, para prestarles mi ayuda.

—Me guarda rencor, ¿verdad?

—¡Oh, no! Olvide eso. Pero ha de prometerme una cosa.

—¿De qué se trata?

—Iniciaremos una investigación en toda regla. Pero si no encontramos una pista que de firmeza a sus sospechas... ¡abandonaremos el caso totalmente! ¿Me entiende? ¡Prométamelo!

Marcia levantó la mano derecha, dando solemnidad a la condición impuesta por Forsythe.

—¡Estupendo! —opinó, alegremente, ella—. ¿Se le ocurre algo para comenzar?

—Sí, voy a comprobar su manifestación sobre el hombre que se hizo pasar por Harry Kilgallen. ¿Quién lo vio, además de usted?

—Yo sola. Llegó por la noche a la pensión, después de cenar. Tampoco lo hubiera visto si Dorothy no hubiese entrado unos instantes a mi habitación para contarme lo que ocurría y decirme adiós. Al despedirla a la puerta de mi cuarto, vi en el pasillo al hombre. Dorothy se quedó un poco perpleja, mirándonos a él y a mí, y por fin nos presentó.

—¿Y dijo que era su padre?

—Lo oí claramente.

—¿Y notó en él alguna reacción?

—Ninguna. Me sonrió, inclinando la cabeza. Luego se marcharon. Bajé al apartamento de la señora Smith, que es quien regenta la pensión, y me dijo que no había visto a ningún hombre.

Esto es fácil, porque no cierra la puerta de la casa hasta las diez de la noche, y cualquier visita puede subir a un apartamento determinado sin ser observada.

—¿Por qué bajó a hablar sobre ello con la señora Smith?

—Estaba desconsolada por la pérdida de mi amiga, y necesitaba oír la voz de alguien.

Dorothy no se había; despedido de la señora Smith, limitándose a deslizar por bajo de su puerta la mensualidad del mes corriente.

Johnny se quedó pensativo unos segundos, y luego puso el coche en marcha.

—¿A dónde vamos? —inquirió Marcia, cuando el «Ford» corría ya por la calle.

—A la clínica del doctor Rosenzweig.

—¿Para qué?

—El doctor tuvo que ver a ese hombre, quienquiera que fuese, cuando dejó a Dorothy en la clínica.

—No sea ingenuo. ¡Lo negará!

—Y ello nos proporcionará la pista que necesito.

Cuando detuvo el automóvil en el 272 de Álamo Street, dijo Johnny:

—Espéreme aquí, y no se le ocurra estropearme la escena.

—Descuide, seré una buena chica.

Forsythe entró en el vestíbulo, y manifestó a una enfermera su deseo de ver al doctor Rosenzweig.

—Lo encontrará en su despacho, caballero.

Llamó a la puerta indicada, y le dieron permiso para entrar.

El doctor Rosenzweig se levantó de detrás de la mesa.

—¡Caramba, si es el señor Forsythe! ¿Cómo se encuentra su esposa?

Johnny estrechó la mano del médico y aceptó la invitación para que se sentase, mientras el otro quedaba de pie sacudiendo el cigarrillo en un cenicero de bronce. —Creo que tenía usted razón, doctor— empezó a decir Forsythe. —He estado pensando en lo que me dijo sobre mi esposa, y he llegado a la conclusión de que su tesis de la neurosis parece fundamentada.



El alto se la cerró de un puñetazo...

—¿La ha hecho examinar por un psiquiatra?

—No, todavía no. Comprenda usted, doctor. No quisiera dar un paso en falso. Conozco bien a mi mujer, y la simple noticia de ese examen puede producir una reacción contraproducente en su organismo. Por ello, contando con su benevolencia, he venido para que, con más conocimiento de causa, usted me aconseje sobre lo que debo hacer. Naturalmente, considere esto como una consulta profesional.

—Permítame que renuncie a esos honorarios, señor Forsythe. Yo

no soy psiquiatra, y me juzgaría a mí mismo como un intruso. No obstante, me pongo a su disposición. ¿Cuáles son los síntomas que cree usted coinciden con la neurosis?

—Ella conoció hace cierto tiempo a una joven que hoy ha alcanzado una triste celebridad. Me refiero a Dorothy Kilgallen. ¿Ha leído los diarios de la mañana, doctor?

—Sí, estoy enterado del accidente.

—Mi mujer viene pensando desde hace meses que esa muchacha es objeto de una persecución.

—¿Por qué motivo?

—Es una historia que tiene su epílogo en esta clínica.

Rosenzweig se apretó el labio inferior entre los dedos índice y pulgar, y el agente del

F. B. I.

continuó:

—Dorothy Kilgallen vino a dar a luz aquí hace unos meses.

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Qué más?

—Mi mujer cree que su amiga era una impostora. Que se hizo pasar por la señorita Kilgallen con el fin de procurarse una asistencia para sí y para su hijo que no hubiese tenido por carecer de medios económicos que le costeasen la estancia en una buena clínica. Mi mujer no volvió a ver a la supuesta Dorothy, y tal pensamiento, el de que era una impostora, la ha llegado a obsesionar. Mía se sintió indispuesta ayer, y como me dijese que la trajese aquí, accedí pensando que aun cuando no necesitaba a ustedes, podía curarse de la neurosis comprobando con sus propios ojos que no tenía que sospechar de nada.

—Sospechar, ¿qué?

—Pues, ciertamente no lo sé. Ya sabe lo que son estas cosas. No he querido insistir cerca de mi mujer con preguntas que la hubiesen empeorado.

Rosenzweig aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero, y sonrió antes de decir:

—Señor Forsythe, efectivamente, la señorita Kilgallen dio a luz en esta clínica.

—¿Vino sola?

—No. La acompañaba su padre.

—¿Harry Kilgallen?

—No creo que una persona pueda tener dos padres.

—Perdóneme, pero...

—No hay duda sobre ello. He reconocido la fotografía que se inserta hoy en los diarios. Y supongo que su mujer le habrá contado también lo relativo al matrimonio secreto de Dorothy Kilgallen con un muchacho que fue a morir a Corea...

—Eso es.

—Añadiré algo que quizá no sepan ustedes. Dio a luz un niño muerto.

Johnny abrió los ojos, como asombrado.

—Lo siento por la señorita Kilgallen.

—Fue un rudo golpe para ella y para Harry Kilgallen. Lo vi llorar en este mismo despacho, cuando le comuniqué la noticia. Él ya había perdonado a su hija, y estaba emocionado con la perspectiva de la llegada del primer nieto. En fin, el destino ha querido que baya muerto antes de tener oportunidad de conocer a un nuevo descendiente.

Hubo un silencio, y después Forsythe se incorporó.

—Siento haberle molestado con mis problemas conyugales, doctor Rosenzweig.

—No tiene que disculparse —contestó, sonriendo amablemente, el médico—. En nuestra profesión estamos acostumbrados a escuchar las más extrañas ideas.

Johnny se despidió en la puerta. El director de la clínica insistió, estrechando la mano de aquél:

—Soy de la opinión de que su mujer debe ser observada por un psiquiatra, señor Forsythe. Quizá con un corto tratamiento quede curada.

—Muchas gracias, doctor. Así lo haré.

Cuando se introdujo en el coche y lo puso en marcha. Marcia Pickens lo miraba ansiosamente.

—Y bien. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó la joven.

—¿Se ratifica usted en que el hombre que Dorothy Kilgallen le presentó como su padre, no es el de la fotografía del diario?

—¡Le repito que no es el mismo! ¿Ha negado el doctor que Dorothy diese a luz en su clínica?

—Todo lo contrario. Ha afirmado que fue asistida allí, y que la llevó su propio padre...

—¡También lo engañaron a él!

—No. El doctor Rosenzweig, según me ha comunicado, recibió y habló al verdadero Harry Kilgallen, el hombre que ha muerto en accidente.

Marcia lanzó una exclamación de estupor.

—¿Ha volado alguna vez, señorita Pickens?

—En dos ocasiones. ¿Quiere insinuar que...?

—¡Nos marchamos a Nueva York! ¿Tiene que recoger alguna cosa?

—Pues sí.

Media hora más tarde, mientras el «Ford» corría hacia el aeropuerto, Johnny anunció:

—Hablaemos con la única persona que puede arrojar un rayo de luz sobre este condenado lío en que usted me ha metido. ¡Con Dorothy Kilgallen!

CAPÍTULO IV

Un mayordomo patilludo, con cara de foca, asomó la cabeza por la puerta entreabierta, y preguntó:

—¿Qué desean?

—Ver a la señorita Kilgallen —respondió John.

—Lo siento, pero la señorita no está visible.

—Dígale que pregunta por ella Marcia Pickens —intervino la compañera de Forsythe.

El mayordomo miró de pies a cabeza a la pareja, y terminó asintiendo, dejándolos pasar al vestíbulo.

—Esperen aquí —dijo. Y se marchó.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada, y sonrieron.

Volvió el patilludo, y rogóles que le siguieran.

Cruzaron un vestíbulo rodeado de columnas y fueron introducidos en un amplio despacho.

Un hombre de unos cincuenta años, de pelo blanco, rostro sonriente y vientre abultado, observó a la pareja y preguntó:

—¿A quiénes tengo el honor de recibir?

—Mi nombre es John Forsythe. Ella es mi esposa, Marcia.

La muchacha hizo florecer una sonrisa en sus labios.

—¿Y desean hablar con mi sobrina?

—Creí haber leído en la prensa que estaba usted en Venezuela, señor Kilgallen —dijo Johnny.

—Exactamente. Venía de regreso cuando me informaron de lo sucedido a mi hermano. ¿Me permiten preguntarles por qué quieren ver a Dorothy?

—Mi marido y yo nos encontramos en Nueva York en viaje de boda —explicó Marcia, con las mejillas coloreadas—, y al leer la noticia del accidente, hemos pensado que su sobrina se sentiría,

reconfortada con nuestra presencia. Ella y nosotros hemos sido buenos amigos.

—¿Dónde se conocieron?

—En Austin, Tejas.

—Comprendo —repuso Robert Kilgallen. Y dio unos pasos por la habitación, pellizcándose el lóbulo de una oreja.

De pronto se detuvo, clavó sus pupilas, aceradas en el rostro de Marcia, y preguntó:

—¿La acompañó usted a la clínica en que dio a luz?

—No —respondió la joven y titubeó unos segundos porque llegaba a la parte misteriosa del caso—. Se marchó con su padre.

—¿Con Harpy? —inquirió Robert, haciendo dos acentos circunflejos con las cejas.

—Así fue.

—Es extraño —murmuró el tío de Dorothy.

—¿Por qué es extraño, señor Kilgallen? —preguntó Forsythe.

—Yo he pasado los últimos meses en Venezuela. No sabía nada de lo ocurrido a Dorothy hasta que mi hermano me lo contó en una carta, rogándome que viniese. Naturalmente, Harry no entró en detalles. Ahora es cuando estoy atando cabos sueltos. Lo que sí me decía era que había sabido todo lo referente a su hija por un anónimo. En él le comunicaban el nombre de la clínica en que ella estaba. Por eso me ha sorprendido la noticia de su esposa.

—Le ha faltado añadir que el hombre que se presentó en Austin para llevarse a Dorothy era un impostor. Robert Kilgallen aumentó el grado de su estupefacción.

—¿Cómo es posible?

—¿Ha hablado usted con su sobrina?

—No, aun no. Está en sus habitaciones. No hace más que llorar. He intentado varias veces conversar con ella, pero siempre me he tenido que batir en retirada. Estoy esperando que recobre la serenidad. Confieso que la muchacha ha recibido unos cuantos golpes en poco tiempo.

—Señor Kilgallen —dijo Marcia—, ¿no cree que yo podría ayudarla?

El magnate de las esmeraldas sopesó la proposición, y asintió:

—Quizá tenga razón. —Tocó un botón, y a poco apareció el mayordomo—. Acompañe a la señora Forsythe a las habitaciones de

mi sobrina.

Johnny dirigió una mirada animosa a Marcia, y ésta salió del despacho en pos de la foca.

—Creí que eran ustedes periodistas —manifestó Kilgallen, cuando se quedaron solos.

—Me hago cargo de sus preocupaciones —contestó Forsythe.

—Está en lo cierto. Yo también sospechaba una cosa, con el matrimonio de mi sobrina han sabido silenciarlo, pero temo encontrarme cualquier día con los diarios aireando el escándalo.

Johnny no respondió; y transcurrieron dos minutos de silencio.

De repente, la puerta del despacho se abrió, dando paso a Marcia.

—¡No está! —exclamó la joven—. ¡Ha huido!

—¿Qué dice? —chilló Kilgallen.

Marcia alargó un papel al tío de su amiga, quien lo cogió y leyó en voz alta:

—«No me busquéis. Si lo hacéis, me mataré. Dorothy».

—¿Cómo ha podido escapar? —inquirió Johnny.

—Hay una puerta trasera —murmuró Robert, golpeándose la frente con la palma de la mano—. ¿Qué puedo hacer ahora? ¡Es capaz de llevar a cabo su amenaza!

Los dos jóvenes cambiaron una mirada de inteligencia.

—Lo siento, señor Kilgallen —dijo Forsythe—. Si cree que podemos servirle de ayuda...

—¡Oh, no!... Muchas gracias, no quiero entretenerlos.

—¿Avisará a la policía?

—Tendré que pensarlo detenidamente. Una precipitación pudiera ser fatal.

—Le deseamos suerte en la elección. Probablemente, Dorothy se halla un poco trastornada por el accidente. En cuanto recapacite, volverá con usted.

—Ojalá tenga razón.

Se despidieron, y el presunto matrimonio abandonó la casa.

—¿Qué impresión ha sacado, Johnny? —preguntó Marcia, mientras andaban por la calle.

—Me he sentido decepcionado, como usted. Los dos lo hemos silenciado, pero ambos alentábamos la esperanza de que Robert Kilgallen fuese el impostor de Austin.

—Está en lo cierto. Yo también sospechaba una cosa parecida.

—Hubiese sido demasiado fácil —comentó el agente—, y parece ser que el caso está mucho más complicado.

—¿Por qué cree que ha huido Dorothy?

—Todo el que huye es porque teme algo. ¡Si supiésemos lo que produce miedo a su amiga!

—¿No será la presencia de su tío? El mismo ha confesado que ella no ha querido contarle nada.

—No lo sé, Marcia. Andamos a ciegas.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Ésa es la cuestión. No me pregunte nada. Déjeme pensar.

La muchacha respetó el silencio exigido, y continuaron paseando.

Al cabo de un rato, Johnny se detuvo ante un escaparate de ropa confeccionada para caballero. La joven se encogió de hombros, y se puso a mirar también las prendas. Entonces oyó la voz suave de Forsythe.

—Continúe observando esos pantalones, Marcia. No exteriorice emoción alguna. Nos vienen siguiendo dos individuos.

Ella tembló ligeramente, a pesar de la advertencia.

—¡Es nuestra única oportunidad, Marcia!

—¿Qué ya a hacer?

—Dejarles la iniciativa.

—¿No cree que correremos peligro?

—Usted se va a marchar.

La joven fue a girar la cabeza para protestar pero él la contuvo.

—¡Cuidado, se acercan!... Sonría y hábleme de lo que ve...

—¡Qué chaqueta «sport» tan bonita, querido!... Deberías comprártela... ¿Cuál es su plan?... ¿Y ese jersey?

—No me gusta el color... *Váyase y tome un apartamento en el «Bristol»...* Esos pantalones no están mal... *Inscríbase con el nombre de María Lawritz...* Lo que ocurre es que no me sientan bien las ropas confeccionadas... *la llamaré en cuanto tenga ocasión...* *Ahora volvámonos, deme un beso y lárguese...* No, prefiero mi sastre...

Los dos jóvenes dieron la espalda al escaparate y entonces dijo ella levantando la voz:

—Recuerda que te espero para que me lleves al cine.

No hagas larga esa conferencia con tu socio. —Se puso de

puntillas, le dio un beso en la boca, y se separó de él—. ¡Hasta luego, querido!

Johnny la vio alejarse hasta que se perdió entre los peatones. Sacó un cigarrillo, lo encendió, y luego echó a andar lentamente.

Subió a un autobús que iba a Greenwig Village, cerciorándose de que sus perseguidores también lo tomaban. Uno era de mediana estatura, moreno, mofletudo. El otro, alto, de pómulos salientes y mentón en punta. Ambos vestían trajes recién estrenados y parecían responder a un mismo gusto, oscuros con grandes rayas que herían la vista.

Bajó del autobús cuando éste llegó a un distrito poco concurrido.

Empezó a andar, y a los pocos metros oyó el ruido de los pasos que le seguían.

Torció por una esquina, internándose por una calle estrecha y solitaria. No podía dar más facilidades.

Sintió que los otros apretaban ahora la marcha para darle alcance.

—¿Tiene fuego? —le preguntaron por detrás.

Se detuvo, volviéndose con naturalidad.

—Claro que sí —contestó a los dos sujetos que estaban ante él.

Metió la mano en el bolsillo de su americana para sacar el encendedor, y en ese instante el regordete le hundió la mano en el estómago, cogió carne entre los dedos índice y pulgar, y la retorció como si fuese goma.

Johnny abrió la boca para soltar un quejido, pero el alto se la cerró de un puñetazo, mascullando.

—¡Callado!

El agente se apoyó en la pared, resoplando, y el del pellizco lo registró, despojándole de la pistola.

En ese instante apareció un coche por la calle, y se detuvo junto al grupo.

—¡Adentro! —ordenó el gordito.

Forsythe se sentó, teniendo a cada lado un cuerpo, y el automóvil se puso en marcha.

Después de un recorrido de media hora, llegaron a una casa circundada por un jardín. Estaba situada cerca del mar. Se podía oír claramente el clamor inconfundible de las olas.

Saltaron del coche, y pasaron al interior de la casa.

Forsythe fue conducido por una escalera a una habitación donde había tres sillas, una mesa, y sobre ésta una botella de *whisky* y tres vasos.

Johnny celebró su idea de dejar la placa del F. B. I en su casa de San Antonio antes de salir en dirección a Barton River para iniciar la pesca del salmón. Gimió para sus adentros al recordar que a aquellas horas debía encontrarse en medio del río, pescando piezas de tres y cuatro kilos.

La imagen le fue sacada del cerebro con un sacacorchos. Eso fue al menos lo que pensó, pero la realidad era que uno de los pajarracos le había atizado un derechazo en la frente, tumbándole en el piso.

Cuando recobró la visión se dio cuenta de que a la pareja se había unido el conductor del coche, un tipo con la frente aplastada y ojos de paranoico. El trío estaba en mangas de camisa, bebiendo *whisky*.

Incorporóse diciendo:

—Celebréis lo que celebréis, contad conmigo. ¿Hay un vaso para mí?

El alto lo fulminó con una mirada.

—Muy gracioso. Eres de aguante, ¿eh?

—Soy como la gelatina. Me derrito en cuanto me aprietan.

—¿Qué te parece, Jeff? —siguió hablando el del mentón puntiagudo—. Sabe chistes.

—Es un buen muchacho —repuso Jeff, el de los mofletes—. Nos contará unos cuantos ahora.

—¿Sabéis el de la corista? —preguntó Forsythe, alegremente.

Los tres hombres se miraron, y dejaron los vasos en la mesa.

Jeff se dirigió al prisionero, pero éste no le permitió acercarse demasiado. Apenas lo tuvo a tiro, le descargó un mazazo en el hígado.

El gordito se encogió como un traje barato, y cayó rodando y rebotando igual que si fuese de caucho.

El conductor sacó una pistola y apuntó a Forsythe, torciendo la boca al decir:

—¡Repítelo!... ¡Anda, repítelo! ¡Mueve un músculo, y hago de tu piel una criba!

El más alto se aproximó al policía con la pistola en la mano, y le

conectó un culatazo en la barbilla.

Johnny lanzó un aullido, y estrelló sus espaldas en la pared.

—¡Dejádmelo! —gritó Jeff, incorporándose con las manos en la región afectada—. ¡Es mío!... ¡No me lo toquéis!

Forsythe aun estaba arrugado contra el muro, cuando Jeff le pegó un patadón en el estómago, y mientras caía recibió un rodillazo en plenas narices. La sangre estalló, manchándole la cara y el pecho.

—No lo acabes —recomendó el conductor—. Recuerda que tiene que cantar.

—Esto le aclarará la garganta.

Cogió al desvanecido Forsythe por las solapas de la chaqueta, lo levantó, y empezó a abofetearle con energía.

—¡Despierta!... ¡Ya tendrás tiempo de dormir!... ¡Vamos, tipo duro! —Más al ver que continuaba su sueño, lo dejó caer, golpeando la cabeza en el suelo.

Bebieron un nuevo trago, esperando que volviera en sí. Tardó diez minutos en moverse. Entonces Jeff le ayudó a incorporarse, y lo sentó en una silla. El conductor le puso en los labios su propio vaso con un dedo de *whisky*. Johnny lo bebió, terminando de recobrarse.

Sonríole Jeff, murmurando:

—Es un buen muchacho; ¿no os lo dije?

—Déjate de rajar y empieza la interviú —propuso el conductor.

—¿Lo has oído, Forsythe? —advirtió Jeff—. Yo te haré preguntas, y tú contestarás. Como si fueras un artista de Hollywood.

Johnny soltó un escupitajo, mezcla de saliva y sangre, que estuvo a punto de caer sobre el flamante traje del gordito.

—¡Si vuelves a hacer eso, te juro que te la ganas!

Forsythe sonrió con una mueca despreciativa.

—¿Qué buscabas en la clínica de San Antonio? —preguntó Jeff.

—Mi octava mujer se encontraba allí dando a luz.

—¿Por qué te interesa Dorothy Kilgallen?

—Represento una marca de lavaplatos. Quería endosarle uno.

—¿Y esa Marcia Pickens? ¿Qué tiene que ver contigo?

—Posee unas buenas pantorrillas, y como yo tampoco estoy mal, nos vamos a presentar esta temporada en Broadway. Cuando debutemos, os enviaré unas invitaciones... impregnadas de

radioactividad.

—¡Así no vamos a ninguna parte! —barbotó el larguirucho—. ¡Se está burlando!

—¿Sí, eh? —dijo Jeff, mirando ominosamente a Forsythe—. Te voy a arrancar la piel a latigazos si fió tiras de la lengua...

—Podríamos llegar a un acuerdo —sonrió John.

—¿Qué acuerdo?

—Yo digo mi parte, y vosotros la vuestra.

—¿Es que estás loco, muchacho? ¿No te das cuenta de que juegas con tu vida?

—Creo que es honrado. A mí sólo me interesa conocer a la persona que os paga.

Jeff lanzó una carcajada.

—¿Verdad que es divertido? —comentó el policía.

El sanguinario pistolero borró de sus labios la sonrisa y estalló:

—¡Basta de pamplinas!... ¡O sueltas el grifo o te liquido!...

—Supongamos que no sé nada —dijo rápidamente Johnny, al ver en los ojos de Jeff el deseo de matar—. Supongamos que me he metido en el asunto sin apenas saber qué camino tomaba... ¡No puedo decir lo que no sé!...

—¡Déjate de eso!... ¡Elige!... ¡Palabras o balas!

—¡Fui a la clínica a llevar a una joven que se desmayó en la calle y me dio su dirección! Jeff torció el gesto, y quitó el seguro de su pistola.

—¡Eres una calamidad mintiendo! —declaró—. ¡Tú te lo has buscado!... ¡Muerto, vales más!

—¡Os digo que es cierto!

El gordito enseñó los dientes, y murmuró:

—Piensa en lo que más te guste. Tendrás así una muerte agradable.

Forsythe asintió, renunciando a defender más su vida.

¿Qué imagen elegía para salir de este mundo?

¿Una cabaña de troncos de pino, en el claro del bosque? ¿El instante en que un salmón picaba el anzuelo en medio del río?

¿Y por qué no los labios de Marcia Pickens? Los había besado dos veces, y le gustaban. Eran cálidos como los rayos del sol de Texas en primavera. Suaves como el pelaje de la potranca que su tío Williams había adquirido en el mercado de Dallas.

Se decidió por los labios.

—¡Listo, Jeff! —dijo.

Cerró los ojos para aumentar la idealización, y le pareció contemplarlos frescos, rojos, deseables...

Entonces sonó el disparo.

CAPÍTULO V

Jeff aulló de dolor, y dejó caer el arma.

Johnny abrió los ojos y vio a Marcia Pickens en el umbral, con una pistola en la mano.

—¡Continúen de espaldas! —amenazaba la joven a los forajidos.

Forsythe cogió rápidamente la «Luger» de Jeff, y desarmó a los otros dos.

Se acercó a Marcia con una sonrisa en los labios.

—¡Es usted mi ángel, preciosa!

La muchacha lo miró de soslayo asombrada por requiebro.

—¡Bien, chicos! —dijo el agente del

F. B. I.

—. ¡Se han cambiado las tornas! Ahora haré yo las preguntas, y vosotros responderéis. Igual que si fueseis artistas de Hollywood. Si me gusta cómo lo hacéis, os recomendaré para trabajar en la próxima película de James Cagney. —Y luego dirigiéndose a la joven añadió en voz baja—: ¿Ha traído coche?

—Un taxi. Si no lo hubiese cogido cuando nos separemos, no le hubiese: podido seguir.

—¡Estupenda muchacha! Pues baje y espéreme.

—¡Pero ellos son tres!

—No se preocupe. —Forsythe mostró la pistola de Jeff y la suya, que había recuperado—. Con esto soy superior a ellos. He de arreglar una pequeña cuenta.

—De acuerdo, el coche está detrás de la casa.

Marcia se fue, y entonces ordenó Johnny:

—¡Tú, larguirucho, date la vuelta! ¡Los demás, seguid de espaldas a mí, con los brazos bien altos!

El del mentón en punta giró sobre sus talones.

—¿Quién os paga?

—No lo sé.

Forsythe levantó la pistola de la mano derecha, apuntando entre ceja y ceja a su interlocutor.

—Tienes cinco segundos para curarte esa amnesia. Cuéntalos tú. Yo lo haré mentalmente.

A los tres segundos el pistolero exclamó:

—¡Nos llamaron por teléfono desde San Antonio! ¡Nos dieron tu descripción, diciéndonos que irías con esa chica a la casa de Harry Kilgallen!

—¿Y qué más? ¡Vamos, sigue!

—Nos dijeron que teníamos que hacerte cantar y luego... había que eliminarte.

—¿Quién es el tipo que llamó?

—Él se llama Jack Sheridan pero no trabaja por su cuenta. Es otro intermediario.

—¿En dónde puedo encontrar a Sheridan?

—En la bolera «Tres Estrellas», de San Antonio. Es el gerente.

—¿Cuántos billetes os daban por el trabajo?

—Sheridan nos prometió dos de los grandes.

—Conque operáis a crédito también...

—La vida está muy mal. No hay faena como antes. Tenemos que dar facilidades de pago.

Johnny hubiera sonreído si aquella carroña no le produjese náuseas.

—¡Eh, vosotros dos!... ¡Volveos!

Jeff y el conductor obedecieron.

—Tú, largo —dijo el policía—, escucha ahora mis instrucciones. Ponte a media distancia de Jeff, prepara tu puño derecho, hincha los pulmones y atízale en la mandíbula...

—¿Que le pegue yo?

—Eso he dicho, y te juro que te llenaré de agujeros si no le desencuadernas la quijada... ¡Vamos, prepárate!...

Jeff tragó saliva al ver que su compañero se disponía a ejecutar el mandato del hombre que ellos tenían que haber eliminado.

—¡No muy fuerte, Corizzi! —suplicó el gordito.

Corizzi miró a Johnny, y asintió con la cabeza.

Echó atrás el brazo derecho, inspiró profundamente y disparó el

puño. Sonó un terrible chasquido, y Jeff cayó hacia atrás dando dos vueltas de campana y quedando exánime.

—¡Ahora con el otro! —ordenó de nuevo Forsythe.

El conductor miró a Corizzi, y amenazó, apretando los dientes:

—¡Si me pegas como a Jeff, no lo contarás cuando despierte!

—¡Lo harás con más energía, Corizzi! —Dispuso el agente.

El ejecutor se preparó de nuevo, y descargó un golpe demoledor en la mandíbula del de la frente aplastada, quien fue a chocar contra la pared con gran crujir de huesos, y después quedó sentado en el suelo teniendo la cabeza hundida en el pecho.

—¡Magnífico, Corizzi! —Aplaudió Forsythe—. Ahora te toca a ti. Será sencillo. Abre las piernas y cierra los ojos.

Corizzi vaciló.

—¡Haz lo que te digo!

El pistolero hizo lo que se le ordenaba, no sin emitir un gemido.

Johnny dio unos pasos, y envió un izquierdazo a la mandíbula de Corizzi. Éste despegó del piso, voló medio metro y entró en barrena.

Desde la habitación, Forsythe se volvió para contemplar la escena.

Parecían tres indefensos muchachos durmiendo plácidamente, aun cuando las posturas yacentes fuesen bastante raras.

En el taxi que los conducía al centro de Nueva York, Marcia restañaba las heridas de su compañero de aventuras.

—¡Son unos brutos!... ¡Le han puesto la cara hecha un «ecce-homo»!

Forsythe la miraba sonriente. Ahora tenía próximos aquellos labios que había deseado tener junto a los suyos en el postrer momento.

—¿Quiere hacerme un favor, Marcia?

—Desde luego, dígame.

—Deme un beso.

—¡Cómo! —exclamó, asombrada, la hermosa joven.

—Que me de un beso.

—¡Pero usted y yo somos casi desconocidos!... ¡Yo... yo no puedo...!

Estaba encantadora con aquel mohín, la boca entreabierta y los grandes ojos parpadeando.

—Nos hemos besado ya, Marcia, recuérdelo.

—Pero era representando una comedia.

—Continuemos la representación. Suponga que hemos llegado al último acto. Los espectadores están pendientes de nosotros. Tienen el corazón en la garganta. Es la escena culminante. Después de ella, bajará el telón.

Forsythe había cogido las manos de Marcia entre las suyas y le hablaba muy cerca, respirando al cincuenta por ciento el aire que les rodeaba, sintiendo los latidos de su pecho.

—Es el final, Marcia. Después de esto no nos volveremos a ver. Es un beso de despedida...

De pronto la muchacha rompió en una carcajada.

—Se está burlando de mí, Johnny... Por un instante me había logrado convencer... Forsythe frunció el ceño en un gesto de contrariedad, apartándose de ella, y preguntó:

—¿Qué es lo que me ha fallado?

—Lo de la despedida. Ha puesto demasiado patetismo en la frase.

—¡Pero me ha llamado Johnny! —exclamó él, acordándose del diminutivo.

Marcia se ruborizó, y terminó diciendo:

—Es usted un informal. Ha estado a punto de morir, y está tan contento. Cualquiera diría que corre esos peligros todos los días.

—¿Yo? ¡Ni hablar! No sabe lo apacible que es mi vida.

Marcia sonrió, inquiriendo:

—¿No cree que debe informarse sobre lo que ha adelantado acerca de esa paliza?

—Nos volvemos a San Antonio.

—¿Ya? Pero ¿y Dorothy? ¡Es en estos momentos cuando más necesita de nuestra ayuda! ¿Qué razones tiene para decidir el regreso?

—En primer lugar, deseo conocer en San Antonio a un tipo llamado Jack Sheridan.

—¿Quién es?

—La persona a quien debo las tarascadas con que me han obsequiado esos truhanes. Es lo único que les he podido sacar. Pero estoy seguro de que no sabían más.

—¿Cómo explica, entonces, una intervención tan activa respecto

de usted?

—Es el «Sindicato del Crimen». Perfectamente organizado y controlado. Alguien de una ciudad necesita suprimir a un enemigo que reside en otra, o felicitar un cumpleaños con una tunda de palos; ¿qué hace? Coge el teléfono, plantea el encargo, discute el precio, y todo queda acordado. Los verdugos realizan el trabajo con la máxima limpieza y decoro, ya que, como ellos dicen, si no lo hacen así pierden la clientela.

—Parece estar muy enterado.

—Tengo un tío en la Policía Metropolitana. De cuando en cuando nos vemos, y me suelta un rollo. Así me voy informando de muchas cosas.

—¿Y usted cree que ese Sheridan de San Antonio nos dará resultado?

—No lo puedo asegurar, pero es desde ahora la pieza fundamental para componer el rompecabezas. Además, existe otra razón para el regreso.

—¿Cuál?

—Si usted fuese perseguida, y no tuviese padres ni familiares a quiénes acudir, pero sí una persona con quien en cierta ocasión intimó, ganándose su confianza, ¿a dónde se dirigiría en busca de refugio?

—¡Es cierto! ¡Sugiere que Dorothy está en Austin!

—Es una probabilidad que en nuestras circunstancias no podemos desechar. El avión de San Antonio se detiene en Austin. Usted bajará allí, y se irá a su pensión. Si no encuentra a Dorothy, no se desanime y espere.

—¿Y usted?

—Iré a ver la cara que tiene ese Jack Sheridan. Deme su dirección y teléfono en Austin. La llamaré en cuanto sepa algo.

Marcia sacó pluma y papel de su bolso. Al abrir éste, John vio la culata de la pistola que había utilizado contra los cuervos.

—¿Tiene licencia de armas? —preguntó.

—Me procuré una cuando empecé a escribir obras policiacas. Pensó que debía ser tan decidida como mis protagonistas. Y ya ve. Me ha servido.

—¡Bendigo la hora en que se le ocurrió escribir la primera novela!

Forsythe guardó la hoja que contenía los datos solicitados, y luego se dirigió al conductor:

—¡Llévenos al aeropuerto!... ¡Tan rápido como pueda!... ¡Multas a mi cuenta!

CAPÍTULO VI

Forsythe contempló su rostro con dos tiras de esparadrapo en el espejo del vestíbulo, y después entró en la bolera.

Había mucho público. Se notaba que era sábado. Todas las pistas estaban ocupadas.

Acercóse al bar, y pidió un *whisky* doble. Miró con atención al «barman» que lo atendía, un hombre de nariz torcida y orejas como soplillos.

—¿Qué tal le va a Jack? —inquirió John, con voz falta de interés.

El otro lo fotografió con las pupilas, y soltó algo parecido a un ronroneo. Forsythe lo tradujo como que a Jack le iba bien.

—¿Se le puede ver?

Ahora replicó con un maullido. ¿Qué era? ¿Un gato o un hombre?

Decidió comprobarlo. Sacó un billete de cinco dólares y lo puso junto al vaso, miró hacia las pistas, y cuando volvió los ojos al vaso, el billete había desaparecido.

Era un hombre.

—Lo encontrará junto a la pista doce. Es el de la camisa a cuadros amarillos.

—Gracias; devuélvame tres dólares.

El de las orejas a lo Bing Crosby puso una cara compungida, pero hizo la devolución soltando al propio tiempo un bufido.

—¿Le pisaron la cola? —bromeó Forsythe. Y se alejó de la barra con el vaso en la mano.

Jack Sheridan era de estatura media, de fuerte complexión. Su rostro hizo recordar a John un encuentro de *basse-ball* entre los «Yanquis» y los «Yorker». Daba la impresión de que se lo habían

hundido de un batazo. Su nariz era un pegote de carne que se elevaba unos centímetros sobre el enorme valle en que se abrían los pozos de los ojos. Estaba de pie, detrás de los jugadores de la pista doce, leyendo una revista sensacionalista.

Forsythe se le acercó por la espalda, echó un vistazo a la lectura, y le espetó por encima del hombro:

—Son emocionantes esos relatos, pero yo conozco otros que los superan.

Sheridan ladeó la cabeza, observó a su interlocutor y repuso:

—Cuénteselos a sus nietos. Les ayudará a dormir.

—Se morirían de miedo. ¿Cree que dos tipos como Jeff y Corizzi son aptos para menores?

Los ojos de Jack centellearon. Sonrió y dijo:

—No lo debió pedir doble. Hay que beber con tiento, muchacho.

—Tenía que haber dado ese consejo a Jeff y a Corizzi. Se pusieron a beber y a beber... y ya ve el resultado. Marraron el golpe.

—No sé de qué me habla —murmuró Sheridan. Y volvió la mirada a la revista.

Forsythe bebió un trago, y dejó correr dos minutos.

—¿Cuánto le pagó el hombre que compro sus servicios, Jack?

El gerente de la bolera lo miró con fastidio.

—¿Por qué no me deja en paz y se larga con el disco a otra parte?

—Debió ser mucho —continuó el agente, ignorando la propuesta de Sheridan—. El trío de verdugos cobraba dos de los grandes. Apuesto a que usted se quedaría con una cantidad superior. ¿Tres mil? ¿Cinco mil?...

—¡Márchese o lo haré arrojar del local!

—¡Oh, sí! No he caído en que aquí debe tener también su equipo de matones.

—¿Quiere que le terminen de arreglar la cara?

—No sabe cómo lo estoy deseando, simpático Jack. Ande, llámelos. ¡Me encuentro tan solo!

El gerente vaciló unos segundos, y finalmente separóse de Forsythe. Poco después desapareció por la puerta que daba acceso a la dirección del negocio.

Johnny se desplazó perezosamente, y entró en el despacho sin

llamar.

Jack Sheridan levantó la cabeza de la mesa tras la que se hallaba, y fijó sus ojos encolerizados en el intruso.

—¡Está reservado el derecho de admisión! —gritó.

—Claro que sí, Jack, claro que sí —asintió Forsythe con una sonrisa. Y bebió un pequeño trago del vaso que tenía en la mano.

Sheridan pulsó un timbre por debajo de la mesa, y el movimiento fue captado por el policía.

—Me gustan las sorpresas —comentó—. ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Se abrirá la pared y aparecerá la mano negra? ¿Se hundirá el suelo bajo mis pies y caeré en el estanque de los caimanes? ¡No se pierda el siguiente episodio!...

Lo que se abrió fue la puerta dando peso a un mozo alto, pelirrojo, con espaldas de titán. Entró husmeando de un lado a otro como si fuera a dar una dentellada.

Forsythe lo saludó diciendo:

—Estoy seguro de que romperá por la mitad una guía telefónica, partirá nueces con un dedo y hasta sería capaz de sostener sobre sus hombros la estatua de la Libertad con cien turistas en lo alto...

El gigante se quedó perplejo, y luego miró a Sheridan. Éste indicó:

—El señor quiere conocer tus habilidades, Freddy.

Freddy se volvió hacia Johnny con ánimo belicoso, pero inmediatamente se esponjó al ver el hocico de una pistola.

—Me he cansado de pelear —explicó Forsythe—. Recibí ya la ración del mes próximo. Se va a estar quietecito, Freddy. Si le veo mover una zarpa, le hago un tatuaje en el pecho. ¡Póngase al lado de la mesa!...

El atleta reculó, despidiendo fuego por los ojos.

—¡Y usted, Sheridan, adelántese junto a su gorila amaestrado! —siguió ordenando el policía.

Jack se movió con lentitud, al tiempo que preguntaba:

—¿Qué va a adelantar con esto, Forsythe?

—¡Ah, me conoce! —repuso John, sonriendo—. Parece que el asunto empieza a marchar. Son insospechados los resultados que da una pistola.

—Será su perdición —retrucó el otro.

—No me diga, Jack.

—Aun está a tiempo de salir de este despacho. Yo me olvidaré de que ha estado en él, palabra.

—¡Qué cariñoso! ¿Por qué no añade que ha visto en mí al hijo que siempre deseó tener? Sería una nota sentimental. Ande, inténtelo. Quizá decida guardar el arma y arrojarme en sus brazos llorando.

Sheridan apretó los dientes, y soltó:

—Era una advertencia, Forsythe. Es cuestión suya aceptarla o no.

—De acuerdo. Yo le haré otra. Si no me dice pronto quién le pagó para que me diese el pasaporte, puede ir diciendo al gran Freddy la clase de flores que desea en su funeral. Hubo un silencio que al fin rompió Jack:

—Fue Franck Costain.

El agente arrugó el ceño.

—¿Franck Costain? ¿Quién es ese tipo?

—Sabía que no le diría nada el nombre. Por ello se lo he comunicado.

—Pero usted es un buen chico y me contará muchas cosas de ese Costain.

—No sé más que usted.

—Sí, ¿eh? Es duro, ¿verdad? Mire, Sheridan —la voz de Forsythe se tornó agresiva—, los pajarracos que compró para que me destinasen a la Morgue, me hicieron las señales que contempla en mi rostro. Yo también sé hacer las cosas como ellos. ¡Tire del carrete, o nos divertiremos en grande!

—¡Le juro que es cierto! —exclamó Jack, un poco nervioso—. ¡Se presentó aquí ese hombre! ¡Tiene que creerme! Yo no lo había visto en mi vida. Me dijo que me necesitaba para estropearle el físico a alguien. Le contesté que se largase, que yo no me ocupaba de esas suciedades... Entonces él sacó un montón de billetes, y me los tiró sobre la mesa... El negocio no marcha viento en popa como otras temporadas. Hay mucha competencia... En fin, eran varios miles. Pensé que si yo no lo aceptaba, lo haría otro. Después de todo, la víctima no se escaparía. ¡Así fue cómo pasó!... ¡Se lo juro, Forsythe!

—¿Y qué garantía tenía él de que usted cumpliría su palabra?

—Me advirtió que tenía medios para saber si el encargo quedaba

cumplimentado, y que sí yo le engañaba tendría sólo un par de días para arrepentirme. Entonces me dijo que el hombre que había que «pasar» se llamaba John Forsythe, y me indicó que lo hallaría en Nueva York. Agregó una descripción de usted, indicando que visitaría la casa de los Kilgallen.

—¿Y cómo supo que se llamaba Franck Costain?

—No me lo dijo. Mientras estuvo aquí hablando, marqué en el timbre una contraseña y cuando se marchó, Freddy lo siguió. Tiene alquilado un apartamento en el «Hotel Dorado», a nombre de Franck Costain.

—¿Sigue allí todavía?

—No lo sabemos. ¿Verdad, Freddy?

El forzudo movió la cabeza, asintiendo.

—Es una historia muy bonita —comentó Forsythe—. Solamente tiene un fallo. Que no tiene pies ni cabeza.

—¡Es la verdad! ¿Por qué no va al «Dorado» y lo comprueba?

—¿Para que me hagan una recepción por todo lo alto? No, Jack, me subestima demasiado. Soy ingenuo a veces, pero otras desconfío hasta de mi sombra, como ahora.

—Le propongo algo, Forsythe! —ofreció Sheridan, con un relámpago súbito en las pupilas.

—No lo diga. Ya huelo a podrido.

Jack encajo el sarcasmo, pero se repuso y murmuró:

—Freddy le acompañará. Puede ir delante de usted. Se dará cuenta de que no le engaño. Freddy fue quien descubrió la identidad de Costain. Si fuera falso, él sería el primero en negarse a prestarle ayuda.

El policía miró al atleta.

—¿Qué dice, Freddy?

—Que estoy dispuesto.

John quedó impresionado. Aquello parecía real. Aun cuando Sheridan pretendiese tenderle una celada, Freddy renunciaría al papel que se le encomendara, ya que tenía un noventa y nueve por ciento de probabilidades de irse al otro mundo.

—Corriente, Jack —aceptó—. Haremos una visita al «Dorado». ¡Métase esto en la cabeza Freddy! ¡Va a jugar limpio! Nada de precipitaciones. En cuanto salga por esa puerta, haga sólo los movimientos precisos, si es que desea seguir presumiendo de

Tarzán.

El aludido emitió una interjección de conformidad.

Minutos más tarde los dos hombres tomaban un taxi. Freddy dio la dirección al conductor, y al cabo de un rato dejaban el vehículo en una calle no muy bien iluminada. A la derecha de donde se apearon había un letrero con letras luminosas de un color azulado, que decían: «Dorado Hotel». Forsythe no tuvo más que ver la fachada y el lugar en que se hallaba ubicado, para catalogar el establecimiento entre los de cuarta categoría.

El encargado, un hombre maduro de cejas espesas, levantó los ojos de la novela que leía, y preguntó:

—¿Qué desean?

—Saludar a Franck Costain —respondió Johnny.

—No recuerdo si ha salido.

El otro echó una mirada al tablón que había a sus espaldas, y luego dijo:

—No, no está. Pero eso no quiero decir nada. Pueden subir, y así saldrán de dudas. Apartamento 12, primer piso.

Subieron en el ascensor. Forsythe vigilaba atentamente a su compañero. Se le hacía difícil admitir que Sheridan le hubiese dicho la verdad.

Al llegar ante la puerta marcada con el número 12, tomó más precauciones que en ningún momento, obligando a Freddy a que se pusiese delante de él cubriéndole el cuerpo.

—¡Dé un solo timbrazo! —le ordenó.

El robusto mozo pulsó el botón con el dedo, y retiró éste con celeridad.

Tras unos segundos de silencio, se oyeron pasos en el interior.

La puerta se abrió, apareciendo en su hueco un hombre de unos cuarenta años, de nariz achatada.

—¿Es usted Franck Costain? —preguntó Johnny por encima del ancho hombro de Freddy, mientras apretaba con decisión la pistola que tenía en el bolsillo.

—El mismo, muchachos. ¿Qué se les ofrece?

—Echar un rato de plática. ¡Adelante, Freddy!

Penetraron en el apartamento antes de que Costain pudiera oponer una seria resistencia.

Forsythe cerró la puerta con estrépito, y enseñó su arma.

Costain dio un paso atrás, y exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Un atraco?

—¿Pretende optar al premio de ingenuidad? —sugirió John—. Deje eso para Elizabeth Taylor.

—¿Qué quieren? ¿De qué se trata? —La voz de Costain se quebraba a cada palabra.

—Pongamos las cartas boca arriba, Franck. Usted pagó a Jack Sheridan para que me «bateasen» en Nueva York. ¿Por qué lo hizo?

—Que yo pagué... ¿Jack Sheridan?... ¿Para que lo «bateasen»?... ¿De qué habla?... ¡No le entiendo una palabra!...

—Oiga, señor Forsythe... —empezó a decir Freddy.

—¡No se meta en esto y manténgase alejado! —advirtió el agente. Y después sonrió a Costain—. Con que no sabe nada... Apuesto a que tampoco me conoce... Y hasta es posible que el nombre de Marcia Pickens tampoco le recuerde nada...

El inquilino del apartamento hizo una mueca de incompreensión, y exclamó:

—¡Le repito que es como si me hablase en japonés!...

—¡No es Franck Costain, señor Forsythe! —intervino de nuevo el guardaespaldas de Sheridan.

Johnny miró con ojos perplejos al hombre que lo había conducido al «Dorado».

—¿Qué dice?

—¡Que este individuo no es Franck Costain!

—¿Es que se han escapado del manicomio los dos? —chilló el de la nariz achatada—. ¡Claro que soy Franck Costain, pero jamás los he visto a ustedes antes de ahora! ¿Qué pretenden? ¿Gastarme una broma? Les aseguro que...

—¡Cállese! —le atajó Forsythe—. ¿Está seguro de lo que dice, Freddy?

—¡Naturalmente! El hombre que yo seguí era cuatro pulgadas más alto que éste, tenía el cabello negro y la nariz aguileña.

—¿Cómo supo su nombre?

—¡Se lo pregunté al tipo de abajo! ¡Él ha sido quien nos la ha jugado!

—¡Vámonos! —rezongó el agente, de mal humor.

Costain dio un suspiro de alivio, y ensayó una sonrisa.

—Han logrado meterme el miedo en el cuerpo. Yo soy un

hombre de costumbres sanas. Si necesitan informes de mí, pídanlos a «Turner y Turner», los reyes de los salazones. Soy el número uno de sus viajantes ¡Les he vendido doscientas cincuenta toneladas de bacalao el pasado año!...

Las últimas palabras del viajante se perdieron en el solitario pasillo.

Johnny y Freddy bajaron de dos en dos los escalones. Al llegar ante el registro, Freddy cogió al encargado por la camisa.

—¡Míreme de frente, saco de patatas!...

—¿Qué?... ¿Qué pasa? —murmuró asustado, el de las espesas cejas.

—¿Me recuerda?... ¿O acaso necesita que lo muela a golpes?

—Usted... espere... ¡Sí..., ya recuerdo!...

—¿Verdad que sí? ¿Qué vine a hacer yo aquí?

—Me preguntó cómo se llamaba cierto hombre.

—¡Estupendo! ¿Y qué me contestó?

—Le di el nombre de Franck Costain.

—¡Reconoce que me engañó! ¿Cree que eso le salva? Le voy a...

—¡Espere!... Ese tipo por el que preguntó no era cliente del hotel... ¡Yo le explicaré lo que ocurrió!... Entró aquí, me dejó diez dólares sobre el mostrador, y me dijo que a la persona que entrase tras él, le diese el nombre de cualquiera de los huéspedes...

—¡Cerdo, idiota!

—¡Déjelo, Freddy! —ordenó Johnny.

El forzado miró indeciso al encargado, y terminó soltándolo con un empujón.

—¡Siento haberles perjudicado!... Me dio diez dólares... No creí que hacía ningún mal...

Johnny arrastró a Freddy hasta la calle.

—He perdido el tiempo con todos ustedes —arguyó el primero—. Debí suponerme que el asunto se presentaba demasiado sencillo para ser realidad...

—¡Pero ese tipo..., si lo cogiese por mi cuenta!

No pronunciaron palabra en el taxi que los devolvió a la bolera de Sheridan. Allí se encontraron con la sorpresa de que el gerente se había marchado.

—¡Me la han dado!... ¿eh? —Gruñó Forsythe, mirando a Freddy en el despacho solitario.

—¡No diga eso! Es cierto cuanto le contó mi jefe.

¿Qué culpa tengo yo, sí el labriego del «Dorado» me confundió dándome el nombre de Costain?

—¿Por qué ha huido entonces Sheridan? Si tuviera la conciencia tranquila, no lo hubiese hecho.

El gigante se quedó unos segundos pensativo, y al fin dijo:

—Vamos al bar. Puede que sepan a dónde ha ido, Seguramente habrá tenido que salir por unos instantes.

El maullador de la barra oyó la pregunta de Freddy, y después miró con pena a Johnny. Éste murmuró:

—Me quedé sin un centavo. Si responde a su compañero, le enviaré una piña de Florida en mi próximo viaje.

—Reiré el chiste de siete a nueve —repuso el otro—. Ahora tengo trabajo. El jefe se fue a su casa. Dijo algo parecido a que no se encontraba bien.

—¿Dónde vive? —preguntó Forsythe a su guía.

—En el edificio Jackson.

—Vamos, quizá le ayude yo a reponerse.

—¡He de ocuparme del negocio en ausencia del jefe! —protestó Freddy.

—Olvídelo durante media hora. ¡Eche a andar delante de mí!

Quince minutos más tarde se encontraban ante la puerta del apartamento en que se alojaba Jack Sheridan.

Forsythe hizo girar el picaporte infructuosamente. Habían echado la llave por dentro. Apretó el timbre, y esperó con los ojos clavados en el rostro inexpresivo de Freddy.

De pronto sonaron dos estampidos en el interior.

—¿Ha oído? —murmuró el atleta, con una mezcla de interés y miedo.

—¿Qué está esperando? ¡Demuestre que su musculatura no es de guardarropía!...

Freddy se hizo atrás tres pasos, se hinchó como un globo y lanzóse sobre la puerta.

Ésta se combó crujiendo, pareció por un momento que resistiría el embate, pero terminó por caer con las bisagras sacadas de cuajo.

Freddy siguió corriendo, perdido el equilibrio, y fue a caer sobre una pequeña silla, que destrozó estrepitosamente.

Forsythe, pistola en mano, cruzó como una exhalación el

vestíbulo y frenó en seco al pisar la sala de recibir. Allí se hallaba tendido de bruces Jack Sheridan. Estaba sin chaqueta, y la camisa amarilla a cuadros se adornaba de rojo poco a poco. Rojo de la sangre que, con un suave gorgoteo, salía de dos agujeros que tenía en la espalda.

Un ruido procedente de una habitación interior lo impulsó a reanudar la carrera.

En el dormitorio sin luz había corriente de aire. La ventana estaba abierta, flotando las cortinas.

Johnny se asomó, y vio que una sombra se movía hacia abajo por la escalera de escape.

—¡Deténgase o disparo!

El fugitivo pareció obedecer. De su cuerpo envuelto en tinieblas brotó el resplandor que precede en millonésimas de segundo al disparo, y un proyectil acarició la oreja derecha de Johnny. Luego reanudó la huida.

El policía se agarró a los barrotes de hierro, y emprendió vertiginosamente el descenso.

Una mujer que se hallaba tras los cristales de una de las ventanas se retiró, dando un grito.

El machaqueo metálico de los pies que bajaban se sucedía a ritmo creciente.

Una segunda bala silbó cerca de Johnny, antes de incrustarse en la mole de hierro y cemento.

Cuando llegó a tierra firme, un callejón mal iluminado, su presa doblaba la esquina, a unos quince metros. Lanzóse en su persecución como si fuera a mejorar la marca olímpica de las cien yardas, mas en el instante en que desembocaba en la arteria mayor, vio que un coche negro salía disparado del bordillo de la acera junto al que había estado aparcado. Ni siquiera pudo leer el número de la matrícula, por llevar todas las luces apagadas. Buscó desesperadamente un automóvil con la mirada, mas no lo pudo hallar. El asesino de Jack Sheridan había logrado escapar.

CAPÍTULO VII

Forsythe esperó a que la pelirroja situase junto a la acera el descapotable color canela que conducía, para embestirlo con su «Ford» por la popa. Sonó un golpetazo, crujieron los frenos, y cuando el agente salía del coche, ya la joven había saltado del suyo y contemplaba con un mohín de rabia la abolladura de un guardabarro.

—Lo siento, señorita... —empezó a disculparse Forsythe.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Lo siente, ¿verdad? ¡Eso es lo que dicen todos después de haber hecho la barbaridad! ¿Es que no tiene ojos en la cara?...

El agente miraba atentamente el rostro femenino de ojos vivaces, boca de labios gruesos, excitantes, y la nariz respingona que ponía su contrapunto picaresco en el óvalo limitado por las oleadas de fuego del cabello.

—¡Reconocerá que usted ha sido el culpable! —seguía desatando la joven su mal humor.

—Claro que sí.

Algunos curiosos se hablan acercado para oír las discusiones que todo accidente de tráfico origina.

—¡Ustedes lo han oído! —Advirtió la pelirroja a los peatones, poniéndolos como testigos—. Ha dicho que es suya la culpa...

—Perdone, señorita —dijo Forsythe, sonriendo—. Estoy dispuesto a reparar el daño. No es necesario que reclame la colaboración de testigos o de la autoridad. Yo le quedaré muy reconocido si me permite cargar con los gastos de reparación de su carrocería...

La joven se calmó casi tan súbitamente como se había encolerizado. Ahuecóse la melena, y distendió los labios en una

sonrisa.

—Oh, creo... creo que me he excedido.

—Nada de eso —denegó él—. He sido muy torpe.

Los peatones torcieron el gesto, y empezaron a disgregarse. Se había terminado el espectáculo demasiado pronto.

—Si deseaba ir a cualquier sitio de la ciudad —continuó Forsythe— pongo a su disposición mi automóvil.

—Es usted muy amable, pero el caso es que... —dejó la frase sin terminar, brindando a él la oportunidad de preguntar.

Pero Johnny no preguntó.

—Me disponía a almorzar —acabó ella.

—Oh, oh, debo rogarle que acepte mi invitación... quiero decir, si es que no está comprometida.

—No, no lo estoy —repuso la joven, observando a Forsythe de pies a cabeza.

Entraron en el restaurante «Wyoming», y antes de sentarse a la mesa ya se habían presentado. Johnny lo hizo como Robert Temple, de Chicago. Ella dijo llamarse Susan Rusell.

—¿Qué es lo suyo, señor Temple? —preguntó Susan, mientras el camarero se retiraba después de realizado el pedido.

—Soy fabricante de maquinaria agrícola.

—¡Qué interesante! —comentó la joven, con un brillo de interés en las pupilas.

—¿Y usted, señorita Rusell? ¿A qué se dedica?

—Trabajo en una clínica.

—¿Enfermera?

—Oh, no. Me desmayo cada vez que veo una gota de sangre. Soy secretaria del doctor Rosenzweig.

Forsythe lo sabía perfectamente. Toda la historia del accidente en la calle la había planeado con horas de antelación.

Cuando el asesino de Sheridan logró huir, volvió al piso de la víctima, y allí encontró al fornido Freddy llorando al tiempo que golpeaba la pared con el puño. Llamó a la policía local y en una habitación contigua, lejos de la mirada de Freddy, mostró sus credenciales del

F. B. I.,

y relató lo poco que sabía en relación directa con el crimen, rogando que no se molestase al atleta por cuanto había estado a su

lado en el instante en que Sheridan fue muerto. Pensaba que el guardaespaldas podría serle útil en su investigación. Más tarde, cuando paseaban por la calle, en las primeras horas de la madrugada, Forsythe preguntó a Freddy si le molestaría trabajar con él, ya que se había quedado sin empleo. El mocetón aceptó, y entonces fue comisionado para que, a partir del día siguiente, recorriese la ciudad de punta a punta a la caza del hombre que había visitado a su jefe y que se libró de él en el «Dorado».

Johnny se acostó pensando en aquella madeja que minuto a minuto parecía más enmarañada. Tenía el presentimiento de que algo sustancial había sido pasado por alto en su mente, pero a pesar de sus esfuerzos no lograba dar con ello.

Decidió prestar más atención al doctor Rosenzweig, ya que el caso había comenzado cuando Dorothy Kilgallen entró en su clínica con un hombre distinto al que había salido de la pensión de Austin, y que en ambos sitios fue presentado como su padre.

Después de seis horas de sueño, dedicóse a investigar todo lo concerniente a Rosenzweig. En el Colegio Médico pudo enterarse de que su nombre era Vicent, y de que se había establecido en San Antonio cinco años antes. Procedía de Helena, Montana. Era un hombre bien considerado en la ciudad, con mucha clientela entre la clase media y obrera. No estaba casado, y a veces se exhibía en locales nocturnos con su secretaria. Este punto interesó a Johnny, y recabó más datos. Así fue cómo resolvió encontrarse con Susan Rusell. Aparcó su coche poco antes de las doce en un lugar cercano a la clínica, y cuando vio salir a la pelirroja la siguió, provocando más tarde el choque de los vehículos.

—¿El doctor Rosenzweig? —inquiría, con su gesto más ingenuo—. ¿El psiquiatra?

—Oh, no —respondió Susan—. El tocólogo. El coche que usted ha estropeado es suyo.

—Cuánto lo siento. Tendré que disculparme ante el doctor.

—No creo que sea necesario. A él no le gustaría.

—¿Por qué? Ya le he dicho que estoy dispuesto a. Pagar los desperfectos.

—No me refería a eso. Quiero decir que el hecho de que yo haya aceptado su invitación... —Susan compuso un mohín travieso.

—Oh, comprendo —asintió él—. Es celoso.

La pelirroja sonrió divertida en un despliegue de coquetería.

—¿Ha dicho Rosenzweig? —preguntó, de pronto, Forsythe—. Ese nombre me trae a la memoria alguna cosa...

—¿De qué se trata?

—¡Ya lo tengo!, ¡una amiga mía de Nueva York dio a luz en la clínica de ustedes!

—Es posible.

—Se llama Dorothy Kilgallen, la hija de Harry Kilgallen. Tuvieron un accidente hace unos días. El murió.

Del rostro de la pelirroja desapareció instantáneamente todo vestigio de jovialidad. Fue cosa de unos segundos porque pronto se recobró, aun cuando al hablar notase Johnny cierto temblor en su voz.

—Lo leí en los periódicos —manifestó—. La chica parece que no ha tenido suerte.

—Sí, fue una lástima que su hijo naciese muerto. Harry me lo dijo.

Las aletas de la nariz de Susan palpitaban.

—Debe de tener mucha amistad con los Kilgallen, señor Temple. Creí que lo sucedido a Dorothy sería conservado como un secreto en el seno de la familia.

—Yo soy para ellos como de la familia.

El camarero se acercó a la mesa, cortando la conversación.

Durante el almuerzo no cruzaron más de tres frases corrientes. Parecía como si Susan hubiese perdido el apetito. Fumaba más que comía.

Johnny la observaba subrepticamente entre bocado y bocado. La muchacha estaba preocupada.

A los postres se levantó diciendo que iba al tocador.

El agente se preguntó qué sería realmente lo que se dispondría a hacer. ¿Llamar por teléfono a alguien? ¿Al doctor Rosenzweig?

Encendió un cigarrillo, y cuando lanzaba una bocanada de humo, un botones le puso delante de los ojos una bandeja en la que había un sobre.

—Para usted, señor Forsythe.

Miró al muchacho, perplejo, y preguntó:

—¿Cómo sabes mi nombre?

—El señor que me ha dado la carta me indicó que se llamaba

usted así.

Johnny cogió la carta, y leyó su contenido.

«Pierde el tiempo, señor Forsythe. Le recomiendo vuelva a sus vacaciones».

No había más.

—¿Quién es el hombre que te ha enviado?

—Se marchó. Estaba allá, en el bar.

Forsythe miró hacia el lugar indicado, separado del salón comedor por una vidriera.

—¿Cómo es? —inquirió Johnny, mientras ponía tres dólares en la mano del muchacho—. Alto, moreno, con nariz aguileña..., El mismo sujeto que compró los servicios de Jack Sheridan para que lo «paseasen» en Nueva York.

—¿No sabes el tiempo que ha estado en el restaurante?

—No, señor. No me fijé. Es mucho el público que entra y sale... Especialmente resulta difícil cuando sólo permanecen en el bar...

—Comprendo. ¿Lo has visto con anterioridad alguna vez?

—No. Jamás. Eso sí que se lo puedo asegurar. Soy buen fisonomista.

—Gracias, muchacho.

A poco de irse el botones, regresó a la mesa Susan. Forsythe se incorporó, y entonces anunció ella:

—Tengo que volver a la clínica, señor Temple.

—¿Quiere que la lleve?

—No, pero le agradezco su gentileza de igual manera.

—Como desee. ¿Y lo de esa abolladura?...

—Es preferible que el doctor Rosenzweig decida sobre el particular. Estoy segura de que no accederá a su generoso ofrecimiento. Al fin y al cabo, ha sido un accidente sin trascendencia... Bien, señor Temple. Encantada de haberlo conocido, y gracias por su invitación...

—El gusto ha sido mío, señorita Rusell. Me tiene a sus órdenes.

Cuando se quedó solo, Johnny pensó que se hallaba en el buen camino. La reacción de Susan Rusell al oír el nombre de Dorothy Kilgallen no parecía indicar otra cosa.

Después de intentar inútilmente, durante media hora, componer el rompecabezas, pagó la cuenta y se dirigió a su casa de la Lincoln Avenue. Encontró a Freddy paseando por la acera.

—¡Señor Forsythe!... —le dijo el forzudo, al bajar del coche—. ¡Lo he encontrado!

—¿En dónde?

—¡En el «Hotel del Sur»!... Había recorrido ya más de una docena de hoteles y casas de huéspedes. Di su descripción al conserje, y me contestó que allí se alojaba un tipo de esas señas. Se hace llamar Jay Brownin. Unté la boca de mi informador, y esperó a nuestro hombre en la calle. No tardó en salir, y me puse a seguirlo. Entró en el restaurante «Wyoming», donde estuvo unos quince minutos. Luego salió... y se me escabulló.

—¡Lo perdió de vista!

—Así fue. Lo siento, señor Forsythe. Reconozco que me sirve de poco la cabeza... Perdí un tiempo precioso yendo de arriba abajo, metiéndome en todos los establecimientos que había cerca del «Wyoming». Por fin decidí ir al «Hotel del Sur», y al llegar supe que Jay Brownin se acababa de despedir... ¡Soy un estúpido!

—¿Preguntó si llevaba equipaje?

—Sí, una maleta.

—No se aflija, Freddy. A mí también me podía haber ocurrido. Suba a mi apartamento, y beberemos una copa.

En el vestíbulo se encontraron con Peter.

—Han traído un telegrama para usted, señor Forsythe.

John lo abrió, leyendo el texto:

*«Urge su presencia Austin. Stop. Grandes
acontecimientos. Stop. Marcia».*

—¡Nos vamos, Freddy! —exclamó el policía, guardando el telegrama en un bolsillo y echando a andar hacia la calle.

—¿A dónde?

—¡Al lugar al que se ha dirigido nuestro amigo Jay Brownin!

Freddy lanzó un silbido, y salió corriendo en pos de su nuevo jefe.

CAPÍTULO VIII

Abrióse la puerta, y Marcia sonrió a Forsythe, quedando luego un poco perpleja al verlo en compañía de un desconocido.

—Éste es Freddy Baxter, Marcia, un peso pesado que está de nuestra parte.

Freddy distendió los labios, y levantó la mano mientras saludaba:

—¿Qué tal, pimpollo?

—¡Eh, eh! —atajó Johnny—. No vaya tan deprisa, amigo. Hemos venido a trabajar.

Los tres rieron, pasaron al interior del apartamento. Se sentaron, y entonces preguntó el agente del

F. B. I.:

—¿Qué grandes acontecimientos son éstos, Marcia? Me tiene intrigado desde que recibí el telegrama.

—Dorothy Kilgallen me telefoneó ayer.

—¡Estupendo! ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe?

—Déjeme terminar... Llamó aquí, preguntando por mí. Me puse al aparato, y entonces se dio a conocer. Hablaba con voz nerviosa, entrecortadamente. Quería verme; me anunció que necesitaba decirme algo muy importante. Yo traté de calmarla, y le propuse que me indicase el lugar en que se encontraba para acudir a su lado enseguida. De pronto, cuando esperaba me diese su dirección, sonó un chasquido y se cortó la comunicación. Fue como si hubiesen colgado el aparato precipitadamente. He esperado que se repitiese la llamada, mas no ha sido así. Eso ha sido todo. ¿Qué podemos hacer, John?

Forsythe se levantó y paseó por la habitación en actitud pensativa, bajo las miradas expectantes de Marcia y Fred.

—Posiblemente, no le ha faltado oportunidad de volverla a llamar —opinó el policía.

—¿Por qué no lo ha hecho? —inquirió la joven.

—Porque ha cambiado de opinión. Dorothy tiene entablada una lucha consigo misma. Eso es, al menos, lo que yo deduzco de sus vacilaciones. No se atreve a adoptar una resolución firme.

—¿Y si estuviese en poder de alguien?

—¿De su tío, acaso?

—Pudiera ser.

—Apostaría a que se encuentra sola en cualquier apartamento de esta ciudad. Lo peor es que no somos nosotros solos quienes la buscamos. Debe de haber varias personas tratando de conseguir lo mismo. Se me ocurre que la vida de Dorothy depende de quién sea el primero que la encuentre.

Marcia frunció el ceño.

—¿Qué le hace pensar en esa teoría?

—Una corazonada —replicó Forsythe, con los ojos perdidos en un punto indeterminado del espacio—. Una simple corazonada.

—¿Por qué no es más concreto?

—Porque es solamente una teoría, como usted ha dicho, y no quiero correr el albur de hacer el ridículo exponiéndola. Le prometo explicársela cuando demos con algo en que se pueda sustentar. Ahora lo importante es hallar a Dorothy, cuanto antes. Pensemos en la forma de lograrlo.

Aunque para Freddy el diálogo resultaba en su mayor parte incomprensible, sacaba de él una conclusión clara: que había que encontrar a una mujer.

Así, durante varios minutos los tres pensaron, cada uno por su cuenta, en un medio asequible y rápido que los pusiere en contacto con la desaparecida.

Marcia se levantó de un salto del sillón, exclamando:

—¡Ya lo tengo! Pondremos un anuncio en la Prensa. Ella lo leerá y...

No terminó la propuesta, al ver que Johnny movía la cabeza en sentido negativo.

—Perderíamos mucho tiempo, Marcia. No es seguro que ella lo

leyese, y aunque fuese así, quizá no se atrevería a responder.

Transcurrió más tiempo, y Fred carraspeó.

—Suéltelo, Freddy —le alentó a hablar el agente.

—¿Qué le parece si pongo en práctica mi sistema? Ya sabe, recorrer los hoteles de la ciudad.

—No me parece mala idea. Pero vaya con cuidado. Pisamos terreno resbaladizo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Lleva pistola?

—No la necesito para mi forma de trabajar. Díganme quién es la mujer.

—Se llama Dorothy, Dorothy Kilgallen —le informó Marcia— pero pudiera estar inscrita con el nombre de Bonnie Mountain o cualquier otro. Es de mi talla, morena, bonita, con ojos castaños. Tiene una peca en la barbilla.

—De acuerdo, bombón —asintió Freddy—. ¿Cuál es el número de su teléfono?

—Elliot 2517, pero no me llame para invitarme a cenar. Mis papas me han prohibido salir de noche.

El forzado sonrió, dirigiéndose hacia la salida.

—Espere, Freddy —advirtió Forsythe—. No haga tonterías si encuentra a la Kilgallen. Avísenos y no opere por su cuenta a menos que sea necesario.

—Corriente, jefe.

Cuando Baxter se hubo marchado, Marcia preguntó.

—¿De dónde lo ha sacado, John?

Él le contó la aventura con Jack Sheridan.

—¿Cómo se las arregló con la policía para que dejaran en paz a usted y a Freddy? —inquirió Marcia.

—Soy amigo del teniente Bryd —mintió Johnny—. Fuimos juntos a la escuela primaria. ¿Por qué no piensa en dónde pueda estar Dorothy?

—He pensado en ello por espacio de veinticuatro horas y sólo he conseguido un dolor de cabeza.

—Déjeme que yo la ayude. Procederemos con lógica. Dorothy se encuentra sola. Tiene miedo. Es por tanto natural que esté encerrada en el apartamento que ha elegido como refugio, Póngase usted en su lugar. Durante el día está intranquila, pasea, se sienta,

se levanta... a veces se tiende en la cama y llora. Llega la noche, ¿qué haría usted? ¿Continuaría mortificándose? ¡No! Piensa que las sombras de la noche la protegen, que necesita salir para escapar de la atmósfera que la ahoga. —Se dice a sí misma que poniéndose un pañuelo en la cabeza, cubriéndose los ojos con unas gafas, le será fácil llegar a algún sitio tranquilo, en el que apenas exista circulación, y allí...

—¡La Alameda de los Cisnes! —exclamó la joven.

—¿Qué es eso?

—¡Un paseo situado en la parte Norte! ¡Algunas noches íbamos allí Dorothy y yo!

—¿Qué está esperando?

Marcia corrió a una habitación interior y salió poniéndose un abrigo. Johnny la esperaba con la puerta abierta.

Ya en la calle, subieron al «Ford», y la novelista indicó a su compañero la dirección de la Alameda de los Cisnes. Ésta era una avenida mal iluminada, en la que había bancos públicos, algunos de ellos ocupados por parejas de enamorados. Al final desembocaba en una pequeña plaza con suelo de grava. En su parte central existía un pequeño estanque, rodeado por una verja de escasa altura. El lugar estaba solitario.

—Aquí es —dijo Marcia—, pero temo que su cerebro haya fantaseado esta vez.

Se sentaron en uno de los bancos, y Johnny encendió un cigarrillo. Después de unos minutos de silencio, ella lo rompió, preguntando:

—¿Qué hará cuando esto acabe?

—Continuar mis vacaciones, o mejor dicho, empezarlas.

—Me guarda rencor, ¿verdad?

—¿Por qué había de tenérselo?

—Casi lo he obligado a ocuparse de este asunto.

—No se preocupe. Soy un hombre muy dinámico. Me hubiese aburrido en mi cabaña de Barton River. Resulta más divertido preguntarse de cuando en cuando si la próxima bala será para uno.

Nuevo silencio que cortó ahora Forsythe.

—¿Y usted, Marcia? ¿Qué hará?

—¡Oh! Yo... Pues seguramente escribiré una novela policíaca con algunas de las experiencias que he vivido.

—¿Cómo la va a titular?

—No lo sé aún. Casi siempre el título se pone una vez terminado el original.

Johnny arrojó el cigarrillo al suelo y pasó un brazo por detrás del banco. Miró a la joven que tenía vuelto hacia él el rostro, y preguntóla:

—Sabrá al menos el final. Me refiero naturalmente a los protagonistas. ¿Se casan?

—Lo ignoro.

—¿Lo ignora? ¡Si depende de usted! ¿No es el autor quien une o separa a los personajes?

En aquel instante, a varios metros del banco, la grava crujió al ser pisada.

—¡Fíjese! —indicó Marcia.

Johnny sintió que ella temblaba.

Una mujer había aparecido en la pequeña plaza, y caminaba indolentemente, como abstraída, hacia el estanque central. Llevaba un pañuelo a la cabeza, escondía los ojos tras unas gafas negras y cubría su cuerpo con un abrigo oscuro que le llegaba hasta media pantorrilla.

—¡Tal como usted dijo! —exclamó Marcia.

—¿Es ella?

—Pues... cuando yo la conocí faltaban pocos meses para que diese a luz, y después de marcharse a la clínica no la he vuelto a ver..., pero creo que es Dorothy Kilgallen...

Johnny desató el nudo que la emoción le había hecho en la garganta.

La mujer llegó a la reja del estanque y se acodó sobre ella, quedando en actitud pensativa.

—Bien, Marcia —decidió Forsythe—. Éste es el momento.

Los dos jóvenes se levantaron del banco, y cogiendo él a ella por el brazo, acercáronse al estanque.

A pesar del ruido de sus pasos, la mujer continuó distraída.

—Buenas noches, Dorothy —saludó Marcia.

La aludida fue presa de un estremecimiento. Giró la cabeza súbitamente, al tiempo que de su boca escapaba una exclamación de terror.

—Soy yo, Dorothy. Tu amiga Marcia Pickens.

Los ojos Iras los cristales negros debieron de observar al hombre que acompañaba a la novelista.

—Perdonen... pero sufren un error. Mi nombre no es Dorothy...

—¡No tienes que temer nada, muchacha! —siguió diciendo Marcia, con tono persuasivo—. Se trata de un amigo.

—Le repito que se equivoca. Yo... —De pronto se quebró la voz—. ¡Oh, Marcia! ¡Marcia!

Dorothy Kilgallen arrojóse en los brazos de la amiga, escondiendo en el pecho de ésta su rostro.

—Vamos, vamos, ya pasó todo, querida. Estamos aquí para ayudarte.

Marcia preguntó con la mirada a Forsythe qué era lo que había de hacer.

Dorothy lloraba desgarradoramente. Johnny se puso al otro lado de la millonaria y el grupo empezó a andar.

Cuando llevaban recorridos unos metros, Dorothy se desasíó bruscamente, y demandó aterrorizada:

—¿A dónde me llevan?

—A un sitio en el que se encontrará segura —habló Forsythe por primera vez.

—¿Segura? ¿Qué quiere insinuar?

—Que ya no tiene por qué sentir miedo. Está a salvo.

—¿A salvo de qué? ¿Qué es lo que sabe usted? —Y después de unos segundos de titubeo se agarró a Marcia, diciendo:

—¡Ya comprendo! ¡Lo envía él! ¡No dejes que me lleve, Marcia! ¡Por favor!

—Señorita Kilgallen, le aseguro que estoy de su parte —insistió John—. Puede estar tranquila. La defenderé de todos sus enemigos.

—Sí, Dorothy —corroboró Marcia—. Es un buen amigo mío. Se llama John Forsythe. El me acompañó a Nueva York para hablar sobre tus problemas.

—¿A Nueva York? —inquirió la hija del difunto magnate del petróleo—. ¿Estuviste en Nueva York?

—Poco antes de que decidieras escapar de tu casa. Yo fui quien descubrió tu amenaza escrita para el caso de que intentaran buscarte.

—¿Qué les parece si nos dirigimos a cualquier lugar donde podamos hablar? —intervino el policía.

Fueron andando hasta donde John había aparcado el «Ford», y poco después éste los dejaba a la puerta de un discreto bar.

Sentáronse en un reservado, y Dorothy sólo consintió despojarse del abrigo y el pañuelo, y quitarse las gafas, cuando el camarero hubo dejado sobre la mesa el servicio solicitado por Forsythe.

Era muy bonita. Poseía los rasgos finos y exóticos de una estatuilla oriental. Sus ojos, grandes y castaños, estaban ribeteados por la huella del sufrimiento.

—Nos lo vas a contar todo, Dorothy —exhortó Marcia—. Necesitamos saberlo para ver lo que se puede hacer. ¿Verdad, Johnny?

El agente asintió, mirando fijamente a las pupilas cansadas de la perseguida.

Ésta esbozó una sonrisa, y cogió el vaso de «Martini» que tenía delante. Bebió un sorbo, y repuso:

—Os agradezco el deseo, pero creo que no podéis hacer nada en mi favor.

—¿Por qué no deja que seamos nosotros quienes decidamos al respecto? —sugirió Forsythe.

Dorothy lo miró y contestóle:

—He producido ya mucha desgracia a mí alrededor. Lo mejor que pueden hacer, es olvidar que existo.

—Eso es cuenta nuestra. A Marcia y a mí nos gustan las complicaciones. Sobre todo si éstas se refieren a una persona amiga.

—Muy amable por su parte, Forsythe, pero soy yo quien resuelve mis asuntos personales.

Parecía una mujer distinta a la de la Alameda de los Cisnes. Había perdido el miedo y era imposible justificar el cambio con el alcohol, ya que apenas había bebido.

—¿Por qué no eres sincera, Dorothy? —requirió Marcia—. Estás enormemente asustada, te domina un pánico terrible. Deposita tu confianza en nosotros. Trataremos de destruir el mal que te han producido.

—Se conoce que eres novelista, querida Marcia —replicó Dorothy, con voz en la que se notaba el esfuerzo por mantenerse en la línea irónica iniciada.

—Es tu tío. ¿Verdad, Dorothy? Tu tío Robert quien ha urdido esa maquinación que dio comienzo el día que te separaste de mí para ir

a la clínica de San Antonio.

La joven Kilgallen se mordió el tembloroso labio inferior, y miró de hito en hito a sus dos interlocutores. De repente, dijo:

—Así es.

—¡Cuéntalo todo, Dorothy! —exclamó la novelista—. No tengo que añadir nada. Es tal como tú has supuesto.

—¡Y lo ha hecho para ser el único heredero de su hermano! ¡Ha querido quitar de en medio cuantos obstáculos se alzasen entre él y la fortuna de Harry Kilgallen!

—Sí, el dinero lo cegó —ratificó Dorothy, con voz ausente—. Debí comprenderlo mucho tiempo antes del día en que...

—Continúe —la animó Johnny.

—¿Para qué desenterrar tristes recuerdos? Ya lo saben todo.

—Faltan algunas cosas. Por ejemplo, ¿murió realmente su hijo?

—Nació muerto.

—Perdone mi insistencia. ¿Lo vio usted... muerto?

—No.

—¿Quién le comunicó la noticia?

—El doctor que me asistió.

—¿No sabe su nombre?

—No recuerdo.

—¿Quizá el doctor Rosenzweig?

—Puede que fuese ése o cualquier otro.

—Ya. —Johnny hizo una pausa y luego añadió—: ¿Quién era el hombre que la sacó de la pensión de la señora Smith?

—Un enviado de mi tío.

—Usted lo presentó a Marcia como su padre.

—No tenía tiempo para dar explicaciones, y pensé que así terminaba antes.

—¿Y quién era el hombre que la ingresó en la clínica de San Antonio?

—El mismo representante de mi tío.

—El doctor Rosenzweig asegura que fue su propio padre.

—No es posible.

—Esté segura de ello. Me lo afirmó comprobando la fotografía que publicaban los diarios con motivo del accidente que ustedes sufrieron.

—El doctor debió equivocarse. Supongo que le merecerá más

crédito lo que yo digo que lo que explique cualquier otra persona.

—Pasemos por alto eso. ¿Qué me dice usted del accidente?

—¿A qué se refiere en concreto?

—Quiero que me hable extensamente de él. Usted ha sugerido que fue provocado.

—¡No he dicho tal cosa!

—Marcia ha insinuado que su tío ha tratado de eliminar los obstáculos que existían entre él y la fortuna de su hermano. Usted ha aprobado su tesis.

Dorothy rompió a llorar y la novelista reconvino a Forsythe.

—¿Qué le pasa, John? ¿Está preguntando a la pobre muchacha como si fuera un fiscal!

—Pretendo aclarar ciertos puntos.

—¿No le ha dicho ya quién es el causante de toda su desgracia?

El policía miró al techo en un gesto de impaciencia.

—Vamos, no llores más —consoló Marcia a su amiga—. Forsythe se extrema en ayudarte. Ten en cuenta solamente su buena voluntad.

Dorothy sollozó durante otro minuto. Luego sacó un pañuelo y secóse los ojos.

Johnny volvió a la carga.

—¿Debo colegir, entonces, que el accidente fue casual?

—No sé nada —replicó la Kilgallen—. ¿Es que han abierto una investigación? —También lo ignoro. Al menos, la Prensa no dice nada sobre tal posibilidad. Volvamos atrás. Usted afirma que el hombre que la sacó de Austin y la introdujo en la clínica era la misma persona, ¿no es así?

—Sí.

—En ese caso, su padre no estuvo al corriente de lo que ocurría.

—Exacto, no supo nada.

—¿Y siguió ignorando lo que se refería a su matrimonio secreto y a las consecuencias posteriores?

—Mi tío y yo hicimos un pacto para guardar silencio sobre ello.

—¿Por qué si a su tío le convenía la publicidad de los hechos que conocía?

—¡Puede pensar lo que quiera, pero fue así!

—Está bien, admitido. ¿Por qué huyó de Nueva York?

—¡Tenía miedo!

—¿De su tío? ¿No se había mostrado tan comprensivo en ese pacto de silencio?

—¡Es usted odioso, señor Forsythe!

—¡Y usted nos está mintiendo, señorita Kilgallen!

—¡Johnny! —exclamó Marcia, con los ojos muy abiertos.

—¡No rectifico una palabra! —bramó el policía—. ¡Nos está engañando deliberadamente! ¿Por qué? ¡Eso es lo que pretendo saber!

Dorothy reanudó el lagrimeo en brazos de la cada vez más asombrada Marcia.

—¡John! ¡Se está usted comportando de una forma extraña! ¡Creí que había aceptado investigar en favor de Dorothy!

—¡Y eso estoy haciendo! Pero por lo visto ella se obstina en mantenerse sola.

—¿No decía que lo que importaba era encontrarla?

—¡Naturalmente! Porque sólo ella puede darnos la clave del crucigrama.

—Espere, entonces, a que Dorothy calme sus nervios.

—¡No podemos esperar! Los acontecimientos se precipitarán en las próximas horas y un segundo de vacilación jamás podrá ser recuperado.

—¿De qué habla, John? Francamente, no le entiendo una palabra. ¿No se habrá excedido en sus presunciones?

—¡Ni un milímetro! La teoría de que le hablé se va confirmando. Usted quiere un final feliz en sus novelas, ¿verdad?

—No me las admitiría el editor de otra manera.

—¡Pues lo que ahora vive es un episodio real!... ¿Entiende? ¡Y no habrá final feliz si Dorothy insiste en guardar silencio o en mentir cada vez que abre la boca!

La joven Kilgallen levantó el rostro y clavó sus pupilas en las de Forsythe.

—¡Déjeme en paz! ¡No le he pedido que me ayude!

El agente secreto se incorporó bruscamente, y soltó:

—¡De acuerdo! ¡No volveré a molestarla!

—¡Pero, John...! —exclamó Marcia—. ¡Empezamos esto juntos! ¡Debemos acabarlo! —Ya ha oído a Dorothy. Me está bien empleado, por meterme en donde no me llaman.

¡Se acabó la aventura para mí! Y siento en gran manera haber

perdido el tiempo.

Los ojos de la novelista relampaguearon de ira.

—¿Quiere decir que lamenta haberme conocido?

—¡Eso mismo! Trabajando con usted he tenido la impresión de que había cometido una torpeza cuando la invité a subir a mi coche. ¡Ahora estoy seguro!

—¡Márchese ya, señor Forsythe!

—¡Claro que me voy! ¡Y olvídense de mí! En cuanto a usted, Dorothy Kilgallen, me tienen sin cuidado sus problemas. Resuélvalos sin mi ayuda... si puede.

Los ojos de Marcia se habían nublado, y Dorothy contemplaba asombrada la reacción del hombre que pretendía sacarla de apuros. Antes de que una u otra pudiera replicar alguna cosa a la última manifestación de Johnny, éste giró sobre sus talones y salió con paso rápido del reservado.

Pagó en la barra el importe de la consumición, y salió a la calle para sumergirse en el interior del «Ford». Embragó, y salió disparado dando la vuelta por la primera esquina. Minutos después se detenía a unos veinte metros del propio bar en que se hallaban las jóvenes, y apagó los faros. Se puso un cigarrillo en los labios y fumó tranquilamente, sin apartar la mirada del establecimiento de bebidas.

Los minutos fueron transcurriendo lentamente.

Tenía casi consumido el cigarrillo, cuando la puerta que observaba se abrió, dando paso a Dorothy Kilgallen. Llevaba el abrigo al brazo, y seguía tapándose los ojos con las gafas negras. Miró nerviosamente a derecha e izquierda y se dirigió con rapidez a la parada de taxis que había un poco más arriba. Entró; en un coche y a poco, éste arrancó, gimiendo los neumáticos ni tomar la curva próxima.

Forsythe tenía ya el motor en marcha y emprendió la persecución.

Pasaron por calles concurridas. La gente salía de los espectáculos nocturnos. Luego, fueron dejando atrás los grandes anuncios luminosos y las aceras aparecieron desiertas.

Johnny dejó que el taxi se le adelantase cincuenta metros.

Estuvo atento al instante en que aquél se detenía y hábilmente hizo girar el volante, metiendo el «Ford» en la calle transversal que

tenía a su derecha. Bajó con rapidez y asomó la cabeza por la esquina.

Vio a Dorothy pagar al conductor y despedirlo. La joven permaneció en la acera, hasta que el vehículo amarillo hubo desaparecido. Entonces echó a andar hacia el Norte. La calle estaba pobremente iluminada, y Forsythe se pegó a la penumbra que envolvía las fachadas.

Al poco rato, la millonaria subió unas escaleras, entrando en una casa.

Johnny apresuró el paso, y cuando llegó al lugar elegido por la muchacha como refugio, pudo leer, a la luz de un fósforo, una placa sobre la puerta que decía:

«El Faro. Se alquilan apartamentos. Pago adelantado».

Penetró, y el batiente de la puerta chirrió unos segundos.



Sintió que la joven temblaba.,,

Se encontró en un vestíbulo. A la derecha había un mostrador. Tras éste, un hombre de aspecto cansado leía un diario de la tarde. Ni siquiera levantó la vista de la página al oír la llegada del posible cliente.

—Buenas noches —saludó el policía.

El encargado aun leyó durante un minuto. Al fin apartó el periódico, y fijó sus ojos castaños en el rostro que tenía ante sí.

—Perdone, muchacho —se disculpó, con una sonrisa—. Esto del escándalo de los hipódromos me divierte de verdad. Llevo una vida pacífica y me gustan los relatos de «gangsters», pistolas, asesinatos y extorsiones. ¿Una habitación?

Johnny apoyó las manos en el mostrador y adelantó el busto adoptando la posición del que va a hacer una confidencia.

—Mi nombre es Barry Mountain —declaró, en un susurro—. ¿Le dice algo?

—¿Barry Mountain? ¿Mountain? ¡Claro que sí! ¡Hay una joven con ese apellido que se hospeda en mi casa!

—No grite, amigo. No quiero que ella se entere que estoy aquí.

—¿Es su hermana?

—Mi esposa. Verá, hemos tenido una pequeña discusión y ella se lo tomó demasiado en serio.

—Ya. Y se separó de usted.

—Eso mismo. Me ha dejado con cinco hijos.

—¡Cinco hijos! ¡Si parece tan joven!

—Se conserva bien, pero tiene treinta años. El caso es que, naturalmente, yo deseo que vuelva con nosotros.

—Y quiere hablarle para convencerla, ¿verdad? Ha llegado a tiempo, amigo. Hace unos instantes que ella ha subido a su apartamento.

Forsythe se frotó la nariz y dijo:

—No es precisamente el momento apropiado para intentar convencerla. La riña está reciente, y... En fin, lo que deseo es tomar una habitación contigua a la suya, y ya me entiende, me haré el enconradizo cuando lo juzgue oportuno.

El hombre pacífico había simpatizado con Johnny. Sonrió y repuso:

—Eso es fácil. El apartamento vecino al de olla se desocupó hace tres días. Es suyo.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Posiblemente ha salvado la felicidad de mi hogar.

Después que Forsythe cumplimentó los trámites de inscripción y abonó el alquiler por tres días, el encargado manifestó:

—Me llamo Tobías Maxwell... Los amigos me llaman Toby. Sígame y le acompañaré arriba.

El apartamento estaba compuesto por un dormitorio, una pequeña salita y un cuarto de baño que tenía una puerta comunicante con el de Dorothy Kilgallen.

—Estupendo —dijo el agente—. Iré a echar un vistazo a los chiquillos y volveré dentro de una hora.

Así, con la llave del apartamento en el bolsillo, Johnny salió de la casa de huéspedes, dirigiéndose a la redacción del diario «Star».

Contrató la inserción de un anuncio en las dos primeras ediciones del día siguiente.

El anuncio decía así:

*«Te necesito, Marcia. Terrible apuro. “El Faro”.
Dorothy».*

CAPÍTULO IX

Johnny despertó, y después de parpadear unos instantes, se levantó de un salto y consultó el reloj que había dejado sobre la mesilla de noche. ¡Eran las nueve y media de la mañana!

Corrió al cuarto de baño y pegó el oído a la puerta comunicante. Dio un suspiro al escuchar el ruido producido por los pies de Dorothy Kilgallen. Se movía rápidamente de un lado a otro. Forsythe también imprimió celeridad a sus movimientos. Se duchó, vistió y peinó en menos de diez minutos. Terminaba de ponerse la chaqueta, cuando oyó un portazo. Corrió y asomó la cabeza al pasillo, en el instante en que Dorothy desaparecía escaleras abajo.

La oyó hablar con Tobías Maxwell, y poco después marcaron un número en el teléfono.

La joven preguntó a qué hora salía el coche para Tacoma City, y después dio las gracias y colgó el auricular.

Johnny cerró la puerta para acudir de nuevo junto a la comunicante del cuarto de baño.

Dorothy entró en el apartamento y continuó yendo de una parte a otra.

El policía encendió un cigarrillo. Cuando lanzaba la segunda bocanada de humo, oyó que decían a su espalda:

—Buenos días, señor Mountain.

Soltó un bufido de sobresalto y al volverse vio en el umbral del cuarto de baño a Tobías, que le dijo:

—He estado llamando y como no me abría...

—¡Oh, no se preocupe! ¿Qué busca, Toby?

—Es respecto a su mujer. Se dispone a salir de un momento a otro.

—¿Es posible?

—Ha preguntado por teléfono a qué hora sale el autobús para Tacoma City. Supongo que le hablará antes de que ponga en práctica su plan.

—Naturalmente. Estoy haciendo un poco de tiempo.

—Pues tendrá que decidirse enseguida. Su mujer me ha pedido que llame a un taxi dentro de quince minutos.

Johnny se quedó unos instantes pensativo, y luego preguntó:

—¿Me quiere hacer un favor?

—Si está en mi mano, cuente con él.

—Se trata solamente de que demore la petición del taxi. Creo que con media hora tengo bastante para solucionar mi problema.

Tobías se rascó la nuca, frunciendo las cejas, y repuso.

—De acuerdo. Pero recuérdelo, media hora.

—Gracias, Toby.

El hombre se marchó y Forsythe pegó otra vez el oído a la puerta.

No oyó nada. Dorothy habría terminado de preparar el equipaje y estaría sentada, quizá fumando, esperando a que Tobías le anunciase la llegada del coche que había de conducirla a la estación de autobuses.

De pronto, alguien llamó en el apartamento de la joven.

Forsythe sacó una llave maestra de un bolsillo del chaleco, metiéndola en la cerradura y abrió, penetrando en el cuarto de baño vecino.

Arrimóse a la puerta tras la que se hallaba el dormitorio y prestó atención.

Dorothy estaría de pie, muerta de miedo por la llamada. Ésta se repitió con más insistencia.

La joven Kilgallen debió de abrir entonces, y de sus labios escapó una exclamación:

—¡Marcia!

Johnny escuchó la voz de la novelista.

—Aquí me tienes, querida. Realmente, te comportas de una forma bastante original.

Las dos mujeres debieron de desplazarse hacia el centro de la salita, porque ahora, las palabras de Dorothy parecieron más cercanas.

—¿Cómo has conseguido dar con mi dirección, Marcia?

Transcurrieron hasta diez segundos. Forsythe imaginó el rostro de Marcia con su característico mohín de sorpresa.

—No te entiendo, Dorothy. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

—Anoche te desembarazaste de mí, y hoy pones para mí un anuncio en el diario. Por cierto que en vista de que no querías mi ayuda, me disponía a olvidarme del asunto.

—¿De qué anuncio hablas?

—Del que has hecho insertar en el «Star».

—Yo no he mandado insertar nada, Marcia.

—¿Que no...?

—Es tonto que te excuses —dijo Dorothy—. Ya veo que no conseguí burlarte en el bar. Me seguiste, ¿verdad?

—¿Qué jeroglífico es éste? Te aseguro que puedo mostrarte el diario. Lo tengo aquí, en el bolso...

Johnny oyó los chasquidos del papel al ser desdoblado, y poco después, Dorothy Kilgallen lanzó una interjección de sorpresa.

—¡Es cierto!

—¿Quieres decirme de una vez a qué se debe esto, Dorothy?

—¡Dios mío! ¿Quién habrá sido? ¡El! ¡Tiene que haber sido él!

Las exclamaciones de la Kilgallen se sucedieron entrecortadamente.

—¿Quién es él?

Nuevo silencio.

—¡Dorothy, te ruego que me expliques lo que te sucede! Reconozco mi impotencia para comprender este lío. Soy novelista, pero admito que la vida real es superior a la ficción.

—¡Márchate, Marcia!

—¡No me iré sin haberte escuchado!

—¡Vete, te lo suplico!

—¿Por qué he de hacerlo?

—Morirás, Marcia, si no lo haces. —Otra pausa cargada de negros presagios.

—¿Morir yo? ¿Por qué han de matarme? ¿Quién me mataría?

—Yo, señorita Pickens.

La frase no había sido pronunciada por Dorothy. Pertenecía a una voz de hombre. Un hombre que debía haber entrado en el apartamento a espaldas de las jóvenes.

Marcia lanzó un grito simultáneo con el emitido por su amiga.

El recién llegado rió y dijo:

—Una buena sorpresa... ¿Verdad, querida Dorothy?

—¿Qué buscas? —inquirió, trémula, la Kilgallen.

—A ti, querida. Me dejaste muy condolido en Nueva York cuando te fuiste tan inopinadamente. Podías haber dejado tu nueva dirección...

—¡Eres un cínico! ¡Te juro que si pones una mano, sobre mi amiga, llamaré a la policía!

—¿Si?

—Les diré qué clase de hombre eres...

—¡Vaya, qué contrariedad! Pero no debes precipitarte, querida. Quizá podamos arreglar las cosas sin necesidad de armar ruido. Yo también lamentaría tener que hacer «algo» a nuestra simpática amiga. Me gustó cuando la vi en Nueva York. Una muchacha linda y valerosa. Pero es una lástima que haya dejado de escribir novelas para meter su naricilla en asuntos que no le interesan.

—¡Me gustan las emociones! —repuso Marcia, con orgullo.

—Pues quizá las tenga a chorro. Su amigo, ese Forsythe, ha sido más listo que usted. Se ha retirado a tiempo.

—¡No tengo nada que ver con el señor Forsythe!

—¡Oh rompieron la razón social! Debo aplaudir la sensatez de Forsythe. Bien, no he venido aquí para hablar de pequeños sucesos. ¿Estás dispuesta, Dorothy?

—Si te refieres a tus sucios manejos, ya conoces mi respuesta.

—Yo creí que el tiempo te ayudaría a comprender.

—Has sido demasiado optimista. Pienso igual que antes.

—¿Sí? ¡Qué pena! Unas chicas tan hermosas como vosotras.

—¡Te repito que no mezcles a Marcia en lo nuestro! —gritó Dorothy.

El hombre soltó una carcajada.

John hizo girar lentamente el picaporte, abrió la puerta y con paso cauteloso cruzó el dormitorio.

Entró en la salita con la pistola en la mano, diciendo:

—Apuesto a que ahora está completa la reunión.

Marcia giró la cabeza, y al instante sus ojos se agrandaron, floreciéndole una sonrisa en los labios.

—¡Johnny!

Dorothy dio un paso atrás, asustada.

El hombre que se había congratulado de que Forsythe tuviera sensatez, se mordió el labio inferior y movió una mano hacia la parte interior de su chaqueta.

—¡No haga eso, Fletcher! —le conminó el agente.

—¿Fletcher? —inquirió Marcia, mirando al aludido.

—¿No lo conocías, Marcia? —dijo Forsythe, tuteando a la joven —. Yo te lo presentaré.

Albert Fletcher, el marido de Dorothy Kilgallen.

La millonaria se dejó caer en un viejo diván, sollozando.

Johnny se acercó a Albert, y lo despojó de una pistola provista de silenciador.

—Venía preparado, ¿eh? —murmuró el del
F. B. I.

—¡Déjese de payasadas, Forsythe! Ha estado jugando con fuego y ahora se está quemando.

—Usted es el que va a arder, si no obedece. Pórtese como un buen muchacho y logrará tener una limpia celda. Tengo amigos en algunas prisiones de Texas, y podré recomendarle...

—No es más que un fanfarrón. Ya veremos lo que hace cuando lo tenga de rodillas ante mí.

—Si me hace recordar sus métodos, le voy a hacer un nudo con las dos orejas.

Albert tenía una buena planta. Su talla se acercaba al uno ochenta, era moreno, y su rostro poseía unos rasgos perfectos. Aparentaba unos veintisiete o veintiocho años de edad.

—Pero ¿qué es lo que ocurre aquí? —inquirió Marcia—. Temo estar viendo una pesadilla. ¿Sabías tú, John, que el marido de Dorothy no había muerto?

—Empecé a sospecharlo en Nueva York. ¿De quién podía tener miedo ella? No podía ser de su tío, porque en ese caso le hubiera bastado con poner en conocimiento de la policía lo que le inquietaba. Tenía que ser una persona con mayor ascendiente sobre Dorothy. Una persona que la coaccionase con algo que ella quería y que no deseaba perder.

—¿Qué es ese algo? —inquirió la novelista.

—Su hijo.

—¡Su hijo! ¡Entonces tenía yo razón! ¡No murió!

—No, no murió. Fletcher nos dirá muchas cosas al respecto.

—Está loco, Forsythe —repuso Albert—. El padre de mi mujer recogió el certificado de la clínica del doctor Rosenzweig. Nuestro hijo murió al nacer.

—El doctor Rosenzweig tendrá que responder junto a usted de este y otros delitos.

—No me cree, ¿verdad? ¿Por qué no se lo pregunta a Dorothy? Anda, querida, dile a este polizonte lo que hay sobre eso.

La hija de Harry Kilgallen levantó la cabeza. En su rostro se mezclaba la sombra del terror y el aleteo de una leve esperanza. Sus ojos iban de Fletcher a Forsythe. Al fin quedaron detenidos en la faz de éste y murmuró:

—Es cierto. Él tiene a nuestro pequeño.

—¡Te voy a...! —bramó Albert, moviéndose hacia su mujer.

—¡Quieto, Fletcher! —ordenó Johnny, apretando los dientes—. ¡Ya lo ha oído! Ahora va a cantar seguidito.

—¡No me asusta, Forsythe! Esta vez ha mordido un bocado más grande del que puede tragar.

—¿Si?

—Usted pertenece a la policía federal. No tiene derecho a inmiscuirse en asuntos que caen dentro de la jurisdicción local. ¡Lo sabe perfectamente! ¡Nada de lo que pueda o crea saber podrá ser utilizado contra mí!

Fletcher sonrió aviesamente.

Marcia mostró más estupefacción que nunca. Humedecióse los labios antes de señalar con el dedo a su compañero de aventura y decir:

—¿Es cierto que... perteneces al F. B. I?

—Sí —ratificó John—. Pero el señor Fletcher lleva muy lejos su optimismo al asegurar que mi conocimiento de sus fechorías carece de trascendencia pava él. A la policía de San Antonio le gustará saber ciertas cosillas, entre ellas el nombre del asesino de un tal Jack Sheridan.

—¿Y cómo probará su acusación? —sonrió de nuevo Fletcher—. No conozco a nadie que se llame Jack Sheridan, y en cuanto a Dorothy, no declarará en contra de su marido.

—Hay un cargo que quizá haya olvidado.

—Refrésqueme la memoria, polizonte.

—Con mucho gusto. El accidente de Nueva York que costó la vida a Harry Maxwell.

Dorothy dio un grito y exclamó:

—¿Quiere decir, señor Forsythe, que fue obra de Albert?

—Estoy seguro de que, investigando el accidente, encontraremos su mano.

Fletcher lanzó una carcajada.

—Es usted un humorista, Forsythe, Yo estaba en Austin cuando murió el padre de Dorothy. ¿Cómo podría yo haber preparado el automóvil?

—Lo sabremos a su tiempo.

En aquel instante llamaron a la puerta. El agente retrocedió para abarcar más espacio con el arma, e invitó a Marcia con la mirada a que abriese.

Era Tobías Maxwell, el cual enarcó las cejas al contemplar el extraño grupo.

Carraspeó, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra fue empujado hacia dentro desde el pasillo, y dos hombres armados penetraron en el apartamento. El más alto atrajo a Marcia, escudándose tras ella.

—¡Tire esa pistola! —conminó, mirando a Forsythe.

Éste vaciló unos segundos.

—¡No lo hagas, Johnny! —le gritó la novelista, debatiéndose.

John arrojó la pistola sobre el sucio cojín de una silla.

Fletcher rió sardónicamente, dio unos pasos hacia el policía, y descargó un puñetazo en su mandíbula. Johnny cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza con una pata del diván.

—¡Esto le convencerá de que no se debe entrometer en los asuntos ajenos! —dijo el truhán.

Dorothy se incorporó con los ojos llameantes.

—¡Eres un canalla, Albert!

—¡Calma esos nervios, preciosa!

—¡Ya no te tengo miedo, Albert! Tendrás que matarme, si quieres impedir que hable. Comprendo lo tonta que he sido al esperar que te arrepintieses.

—¿De qué había de arrepentirme, querida? ¡Si me he portado contigo como nadie! Ahora te vendrás conmigo y viviremos muy felices, tú, el niño y yo...

—¡No, Albert! Sé cuál es tu juego. Mi padre ha muerto y yo soy su única heredera. Hay una bonita fortuna para administrar. Eso es lo que has venido pensando desde que me conociste. ¡Y yo me enamoró de ti! ¿Cómo no lo descubrí en tus ojos? Basta mirarlos para ver brillar en ellos la codicia y la ambición.

—¡Soy tu marido ante la ley y me obedecerás!

—¡Esa ley que invocas te llevará a la cárcel!

Forsythe se incorporó, y sin dudarle un instante, disparó un rechazazo al rostro de Albert. Éste se desplomó, estrellando sus espaldas contra la pared.

El policía sintió que el cañón de una pistola se hundía en sus riñones, al tiempo que una voz decía:

—¡Se la ha ganado buena! ¡Fletcher lo destripará!

Albert se levantó resoplando, miró a Johnny con el cuerpo encorvado y sus labios dibujaron una mueca asesina mientras murmuraba lentamente:

—¡En Nueva York te libraste, pero aquí has fallado tu oportunidad!

Echó a andar hacia John, con los brazos separados.

—¡No lo hagas, Albert! —gritó Dorothy.

Pretendió ponerse entre su marido y Forsythe, pero un forajido la cogió por la cintura. El otro, el que amenazaba a John con el arma, barbotó:

—¡Si levantas un brazo, te aso como a un cordero!

Fletcher metió una mano en el bolsillo de la chaqueta, y la sacó con una manopla de acero que acopló a sus nudillos.

Dorothy lanzó, un quejido, y volvió la cabeza para no ver lo que se avecinaba.

—¡Cuando acabe contigo, no vas a estar muy presentable, Forsythe! —anunció Fletcher.

El agente inspiró profundamente. Estaba decidido a defenderse. No podía dejar que su rival le destrozase la cara. Era preferible el proyectil de la pistola que le mordía ya la carne.

Albert movió el puño protegido por la manopla. Johnny se dispuso a saltar.

De repente, la puerta del apartamento crujió, abriéndose violentamente.

Freddy Baxter apareció en el hueco con una pistola en la mano,

exclamando:

—¡Seguro que ahora estamos todos, y puede empezar el baile!

El cuervo que sujetaba a Dorothy disparó, pero ella se apartó un segundo antes, haciéndole perder la puntería. La bala se hundió en la pared, a unos centímetros de la mejilla de Freddy. Éste apretó el gatillo, sonó un estampido y al instante, en la frente del que había tirado primero se produjo un agujero. A continuación la mirada de los ojos se le tornó vidriosa y cayó al suelo sin emitir un suspiro.

Forsythe se había vuelto bruscamente, y atenazó la muñeca que esgrimía el arma contra sus riñones. De un izquierdazo envió al pistolero sobre el diván.

Fletcher estaba tan sorprendido que parecía una estatua.

—Éste es el final, Albert —decretó Johnny.

El marido de Dorothy clavó sus pupilas en el policía.

—No lo crea —replicó—. Yo seré quien eche el telón.

Dorothy echó a correr, internándose en el dormitorio entre sollozos. Marcia la siguió para consolarla.

Tobías Maxwell tenía un nudo en la garganta que logró desatar tras un enjuague de boca. Cometió una imprudencia. Inconscientemente se dirigió hacia Forsythe, interponiéndose entre el agente y Fletcher. Éste se lanzó sobre la silla donde descansaba la pistola de Johnny.

—¡Quítese de en medio, Toby! —gritó el del

F. B. I.

Maxwell se agachó tan rápidamente como pudo. Una décima de segundo después, tronaron dos armas. El proyectil enviado por Fletcher penetró por un hombro de Forsythe. El que escupió la del policía se hundió en el corazón de Albert, quien dio dos pasos vacilantes con los ojos muy abiertos, y después se derrumbó sin vida.

CAPÍTULO X

Marcia y Johnny estaban sentados a una mesa del «Black Bar» de San Antonio, tomando una taza de café. Eran las siete de la tarde. El policía llevaba un brazo suspendido en un pañuelo. Afortunadamente, la bala de Fletcher no había dañado ningún hueso, y encontró fácilmente salida. Hacía solamente una hora que ambos habían acompañado a la policía local a la clínica del doctor Rosenzweig para efectuar la detención de éste.

—Bueno —decía Marcia—, por fin podemos hablar tranquilamente. Estoy ansiosa por oírte la explicación de esta historia.

—Ahora —repuso Forsythe— transcurridos los últimos acontecimientos, todo parece sencillo, ya que pensándolo con atención no podía ser de otra forma.

—¿Te refieres a la mentira de Dorothy sobre la muerte de su marido?

—Exactamente.

—¿Cómo supiste que no había muerto? Ya sé que empezaste a sospechar en Nueva York.

—Realmente, mis sospechas nacieron casi en el comienzo de la aventura. Un policía siente corazonadas que la mayoría de las veces carecen de una base sólida, pero en este caso, conforme avanzábamos en el camino, presentía que la pieza que nos faltaba en el rompecabezas nos había sido entregada. Lo único que nos pasaba era que la habíamos dejado olvidada en un rincón de nuestra mente.

—¿Cuál era esa pieza?

—La propia confesión que te hizo Dorothy, cuando entablaste amistad con ella en la pensión de Austin. Tú la admitiste como

buena y yo también. No se nos ocurrió comprobarla. Y era asombrosamente sencillo. Bastaba con solicitar una conferencia telefónica con el Departamento del Ejército y preguntar si entre las bajas de Corea se hallaba Albert Fletcher. Nos hubieran contestado negativamente, y hubiésemos tenido resuelto el problema o al menos nos habríamos colocado en la verdadera pista.

—¿Y cuándo llamaste a Washington?

—Al llegar en el avión a San Antonio, después de dejarte en Austin. Una vez tuve la respuesta, hice la investigación sobre Jack Sheridan con el fin de conseguir de él la dirección de Fletcher. Pero Sheridan tenía preparado su cuento. Sabía perfectamente quién era Fletcher porque eran lobos de la misma camada, pero como temían que yo descubriese algo, prepararon la estratagema de que no se conocían, valiéndose de la ingenuidad de Freddy.

—¿Y por qué mató Fletcher a Sheridan?

—Entre esa clase de gente existen momentos en que unos son una carga pesada para otros, y hay que arrojar por la borda el lastre. Albert debió suponer que yo no me conformaría con la gestión de Freddy, y que Sheridan quizá terminaría por hablar. Su eliminación suponía para él un obstáculo menos y un beneficio económico más.

—De acuerdo. Cuéntame ahora el nudo del asunto. El lío entre Fletcher y Dorothy.

—Ya la oíste a ella.

—Pero prefiero tu relato. Dorothy ha silenciado, por muchas razones, ciertos aspectos de la cuestión.

Johnny sacó un paquete de cigarrillos y no empezó a hablar hasta que hubieron encendido.

—Dorothy y Albert fueron presentados en un club nocturno de Nueva York. Para él, tal suceso debió constituir una especie de oportunidad. El apellido Kilgallen quedó asociado automáticamente en su cerebro a las ideas de poder y dinero. Dorothy era una muchacha sin experiencia, universitaria todavía, que iniciaba entonces el contacto con ciertas esferas desconocidas para ella. Albert puso sitio a la plaza, y ésta probablemente se rindió pronto. Hay que alegar en favor de Dorothy que el pollo tenía uno de esos físicos que sólo se ven en las películas tecnicoloreadas.

»Lo cierto fue que, enamorada la joven de su galán, éste la

acosaría para contraer matrimonio. Le diría que estaba dispuesto a hablar con su padre, el severo Harry Kilgallen, y que pintaría su amor con tan hábiles pinceladas que el buen Harry le abriría los brazos, llamándole hijo. Sin embargo, Dorothy conocía a —su progenitor, y daba por descontada la respuesta negativa. Así se lo hizo saber a Albert, y entonces nuestro hombre no quiso correr el riesgo de que el magnate enterado de las relaciones amorosas de su hija, enviase a ésta a Europa para curarla con los antídotos de la separación y el tiempo. Ideó un plan que propuso a Dorothy con todo el calor de que era capaz, y que alimentaba la visión de los millones de dólares de la futura herencia. Se marcharían al Oeste, y se casarían. Ella pediría a su padre que la dejase estudiar en la Universidad de Los Ángeles o en cualquiera otra del Pacífico, Harry Kilgallen dio su autorización, ignorando que dictaba una sentencia condenatoria contra su hija.

»Los novios salieron de Nueva York, se detuvieron en Reno para casarse, y continuaron hacia California en viaje de luna de miel. Ésta no debió de ser muy larga. Concurrieron diversas circunstancias para ello. En primer lugar. Dorothy hubo de extrañarse necesariamente de las relaciones que mantenía Albert con cierta clase de personas. Gente del hampa, entre la que Fletcher se movía como el pez en el agua. Tu amiga empezaría a ser víctima de crueles remordimientos, al darse cuenta de que el hombre con quien se había casado era muy distinto del que conoció en Nueva York.

»En segundo término, Albert la acosaría constantemente para que se decidiese a comunicarle a su padre el casamiento. —Idea que bastaría para erizar los cabellos de Dorothy. Pero lo que rompió definitivamente el equilibrio entre marido y mujer, fue el saber esta que iba a ser madre. En Albert produciría tal noticia una sonrisa de triunfo. Disfrutaría de una mayor libertad de acción. Y mostrándose ya ante su esposa sin careta, en su verdadera condición de hombre fuera de la ley, le comunicó incluso, como nos ha confesado Dorothy, cuál había sido su intención al casarse con ella. Tal revelación fue el definitivo mazazo a la conciencia de tu amiga. Entonces fue cuando decidió huir, escapar del lado de aquel truhán que para su desgracia era el padre del hijo que llevaba en sus entrañas.

Forsythe hizo una pausa para hacer una señal al camarero y pedir más café. Cuando éste fue servido, reanudó el relato.

—Entonces apareció Dorothy en la pensión de la señora Smith. Intimaste con ella y llegado el momento de las confidencias, te soltó la historia de su desgracia a medias.

—¿Por qué a medias?

—Porque te dijo quién era realmente, previendo la posibilidad de que muriese al dar a luz. Así tranquilizaba en parte su conciencia, puesto que tú comunicarías lo ocurrido a su pariré, si la coyuntura se presentase. Naturalmente, modificó lo que se refería a Fletcher para protegerse ella y proteger a su hijo.

—¿Y el enredo del hombre que me presentó Dorothy como su padre?

—Tú tenías razón, como es lógico, puesto que viste la foto del verdadero Harry Kilgallen en el diario.

—¿Y el doctor Rosenzweig?

—Mentía porque era un cómplice de Fletcher. Éste, al huir Dorothy, pondría en movimiento a un ejército de hombres con la misión de encontrarla. Esto es fácil en los bajos fondos. Recuerda lo que te dije sobre el Sindicato del Crimen. El caso es que nuestra atribulada amiga fue descubierta en la pensión. Entonces Albert envió a un emisario para recogerla. Menos mal que a Dorothy se le ocurrió despedirse de ti, ya que con ello dio ocasión a que en tu imaginación se formase el primer eslabón de la cadena que hoy hemos cerrado. Al salir de tu apartamento, justificó la presencia del hombre que la esperaba, otorgándole la identidad de su padre.

—¿Y qué me dices del doctor Rosenzweig? ¿Cómo un hombre así puede aliarse con un tipo de la calaña de Fletcher?

—Rosenzweig es más peligroso aun que lo era Albert.

Los ojos y labios de Marcia combinaron un mohín de asombro.

—¿Por qué, John?

—La policía local se encargará de destapar la olla de esa clínica de maternidad.

»¡Entonces yo tenía razón! ¿Te refieres a la compraventa de niños? ¿No es cierto?

—Aun cuando esto es un asunto que compete a la policía de San Antonio, en el
F. B. I.

seguíamos de cerca algunas operaciones, de las que nos habían llegado noticias por diversos conductos. Interesó al departamento porque en ciertos casos este comercio infrahumano se hacía más allá de los límites de un Estado, llegando a crear por tanto, un problema interfederal. He de confesarte que al hacerme tú la sugerencia sobre la posibilidad de que la clínica del doctor Rosenzweig fuese uno de los centros de esas contravenciones criminales, decidí continuar la investigación sobre Dorothy hasta el final.

—¿Y qué pruebas tienes de que Rosenzweig es uno de esos malhechores?

—Ése fue el objeto de mí encuentro «casual» con la secretaria del doctor. Se mostró muy amable mientras me presenté como un hombre adinerado, galante y generoso. Cambió bruscamente al recordarle el asunto de Dorothy Kilgallen. Para llevar un negocio ilegal como el de compraventa de niños, Rosenzweig necesitaría colaboradores. Tino de éstos había de ser su secretaria. Su reacción la desenmascaró.

—¿Quieres decir que Albert Fletcher formaba parte de esa red que dirigía Rosenzweig?

—Fletcher era el distribuidor del «género».

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no se debe a una comprobación mía —sonrió Johnny—. El cuervo superviviente de los que acompañaban a Fletcher ayer, cantó en la jefatura. El marido de Dorothy era una especie de corredor. Tenía sus agentes, que investigaban informándose de los matrimonios que querían un hijo. Establecían contacto y proponían el negocio.

»¿Cómo la policía de aquí ha permanecido cruzada de brazos?

—Es muy difícil encontrar una pista. Todas quedan borradas cuando se efectúa una venta. Las personas que adquieren los niños están deseosos de tenerlos y no cooperan, con las autoridades. No se dan cuenta de que existe una posibilidad legal de tener un hijo cumpliendo los trámites de adopción a través de establecimientos reconocidos y amparados por las leyes del Estado.

—¿Y qué ocurrió con el hijo de Dorothy?

—Fue una baza que se escondió Fletcher en la manga, ideó una siniestra maquinación. Comunicó a Dorothy que el bebé había

nacido muerto y al propio, tiempo le sugirió que volviese con su padre.

—Entonces lo que me dijo Dorothy sobre la investigación de Harry Kilgallen, no era cierto.

—De ninguna manera. Ella siguió escribiendo a Harry, porque en aquellos momentos, antes de dar a luz era cuando más necesitaba tranquilizarlo para que no sospechase nada. Justificaría con cualquier razón el matasellos de Austin, diciendo, por ejemplo, que pasaba una temporada en casa de una compañera de Universidad.

—Continúa hablando de esa maquinación.

—El plan de Fletcher era dejar transcurrir unas semanas para después, de repente, presentarse en Nueva York con el niño. El viejo Kilgallen se vería obligado a claudicar ante los hechos consumados. Pero aquí fallaron los cálculos de Albert. Sobrevino el accidente.

—¿No dijiste que fue preparado por Fletcher?

—Sólo lo hice con el propósito de que el criminal se desmoronase por algún sitio. Fue casual porque, como me dijo ayer Dorothy, su padre aun no sabía nada.

Marcia asintió con la cabeza y dijo:

—Lo demás está claro. Me lo confesó Dorothy en su dormitorio, mientras acompañabas a la policía a la comisaría. Fletcher se presentó en la casa de Dorothy antes de que llegase Robert Kilgallen, y le dijo que esa misma noche comunicaría a los periódicos que era su marido. Ella, sabiendo que lo único que perseguía era el dinero, le propuso hacerle entrega de una cantidad a cambio de su libertad. El amor no existía entre ellos. En el corazón de Dorothy había sido substituido por un profundo odio hacia el hombre que tan vilmente había pisoteado sus sentimientos. Pero Fletcher se rió de tal propuesta, y entonces le declaró que su hijo vivía, que lo tenía él y que sólo lo vería cuando pudiese entrar en aquella casa con los derechos que le correspondían como marido. Llevaba preparado un documento en virtud del cual firmándolo Dorothy, quedaba convertido en el único administrador de la fortuna de Harry Kilgallen. Le dejó el otorgamiento de poderes, dándole un plazo de cinco horas para firmarlo y se marchó dejando a nuestra amiga sumida en la desesperación.

—Y entonces —terminó Forsythe—, vacilando, sin conseguir

coordinar una idea, Dorothy huyó de Nueva York. Se dirigió a Austin para pedirte consejo pero era víctima de una lucha interior. Quería denunciar a la policía el caso, más la detenía el pensar, que quizá fuese preferible atarse de por vida a Fletcher, ya que éste no podía ser castigado por su simple declaración y ella no tenía en su poder ninguna prueba que la ratificase.

—Afortunadamente, todo ha salido bien. Fuiste muy listo cuando hiciste como que te retirabas de la investigación en el bar de Austin. Llegué a odiarte.

Johnny distendió los labios sonriendo, y dijo:

—Tal como se desarrollaba el dialogo, hube de hacerlo así. Supuse que en el estado de nervios que se encontraba Dorothy trataría de separarse de ti en cuanto yo me fuese.

—E insertaste el anuncio en el «Star», no con destino a mí, sino para que fuese leído por Fletcher.

Hubo una pausa que duró un largo minuto.

—¿Y Freddy Baxter? —preguntó Marcia.

—Ha vuelto al rancho de su padre. Dice que por ahora tiene ya bastante experiencia en la ciudad.

—Bueno —concluyó la novelista—. Aquí tienes el final feliz. Todos son dichosos. Dorothy ha recuperado a su hijo. Sólo tiene que retirarlo de la casa en que Albert lo dejó en Nueva York. Baxter volverá a cabalgar risueñamente sobre la pradera y nosotros...

—Tú escribirás una novela estupenda, que los lectores arrebatarán de las librerías, y yo...

—¿Y tú?

—Yo me iré mañana a Barton River y pescaré docenas y docenas de salmones.

—Es magnífico ¿verdad? —comentó Marcia, levantándose de la silla.

Johnny se incorporó igualmente.

—Bueno, Marcia. No sé cuándo nos volveremos a ver.

—Quizá algún día...

—Eso digo yo. El mundo es muy pequeño.

—Encantada de haberte conocido, John.

El policía can aspeó, murmurando:

—Yo... yo... Bueno, yo también estoy encantado.

—Claro que sí. Creo que nos hemos divertido.

Forsythe la miró a los ojos y asintió.

—Eso es lo importante.

Marcia sonrió, tendiendo la mano. John la estrechó.

—Adiós. —Dijo ella.

—Buena suerte, Marcia.

La joven cogió el bolso de la mesa y se alejó hacia la salida del «Black Bar».

Forsythe fue siguiéndola con la mirada hasta que desapareció por la puerta.

CAPÍTULO XI

John Forsythe permaneció unos segundos pensativo, con la mano en el pomo de la puerta. Intentaba recordar si dejaba olvidado algo en el departamento. No, todo estaba en el coche. Cerró, y echó la llave.

En el vestíbulo no encontró a Peter. Se encogió de hombros y salió a la calle.

Metióse en el automóvil y exhaló un suspiro de satisfacción al poner las manos sobre el volante.

De repente, oyó que alguien gritaba:

—¡Johnny!... ¡Johnny!

La voz le era conocida, muy conocida.

Marcia Pickens se acercaba corriendo por la acera. La joven abrió la portezuela del «Ford» y se sentó con la respiración jadeante junto a Forsythe.

—¿Qué te ocurre? —inquirió éste.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, y contestó:

—¡Se trata de una amiga! Se encuentra en un atolladero.

—¿Sí? ¿Qué le pasa?

—Recibió una carta, un anónimo. La van a matar. La firma «el as de diamantes». ¡Es terrible, John!... ¡Debemos hacer algo por ella!

Forsythe se pellizcó el lóbulo de la oreja.

—¡Oh, sí! Debe ser grave. ¿Verdad?

—Gravísimo.

—Y vivirá contigo esa señorita.

—Ajá.

—En la pensión de la señora Smith.

—¡Qué sagacidad! ¡Es cierto!

—Bueno, en ese caso...

Transcurrieron unos segundos de silencio. Las pupilas de él

estaban clavadas en las de la joven.

—¡Marcia Pickens!

—¿Qué, John?

—Eres la mayor embustera que he conocido en mi vida.

—¡Pero, Johnny!

—¡Cállate! Por lo visto te has propuesto estropearme las vacaciones. ¡Bien! Me obligas a hacer algo con lo que no contaba antes de salir de Nueva York.

—¿Qué es ello?

—Casarme.

—¡Johnny! —gritó ella en una explosión de alegría, pasando sus brazos sobre el cuello varonil.

—¡Eh, eh! ¡Espera! Antes he de decirte algo, querida.

—¡Soy toda oídos!

—¡Que yo voy a Barton River a pescar salmones! ¡He estado esperando mis vacaciones desde hace dos años... para pescar salmones!

—Sí querido. Será estupendo. Tú pescarás y yo te observaré, mientras tanto, apoyada sobre el tronco de un sauce.

—De acuerdo —rió John—. Me alegro de que seas tan comprensiva.

—¿Puedes darme un beso ahora? No te preocupes. No tienes que mover el brazo herido.

Marcia atrajo hacia ella la cabeza de Johnny y besó sus labios.

Al separarse, el policía dio un silbido, pisó el embrague y el coche salió disparado.

En aquel momento, Peter salió corriendo del edificio.

—¡Eh! ¡Señor Forsythe! ¡Señor Forsythe!

Pero Forsythe no lo oyó, porque en pocos segundos el automóvil desapareció por una curva.

Entonces Peter miró desconsolado las cañas de pescar que tenía en la mano y dijo:

—Se olvidó de que me las había dejado en la portería.

Y regresó a la casa, moviendo de un lado a otro la cabeza.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).